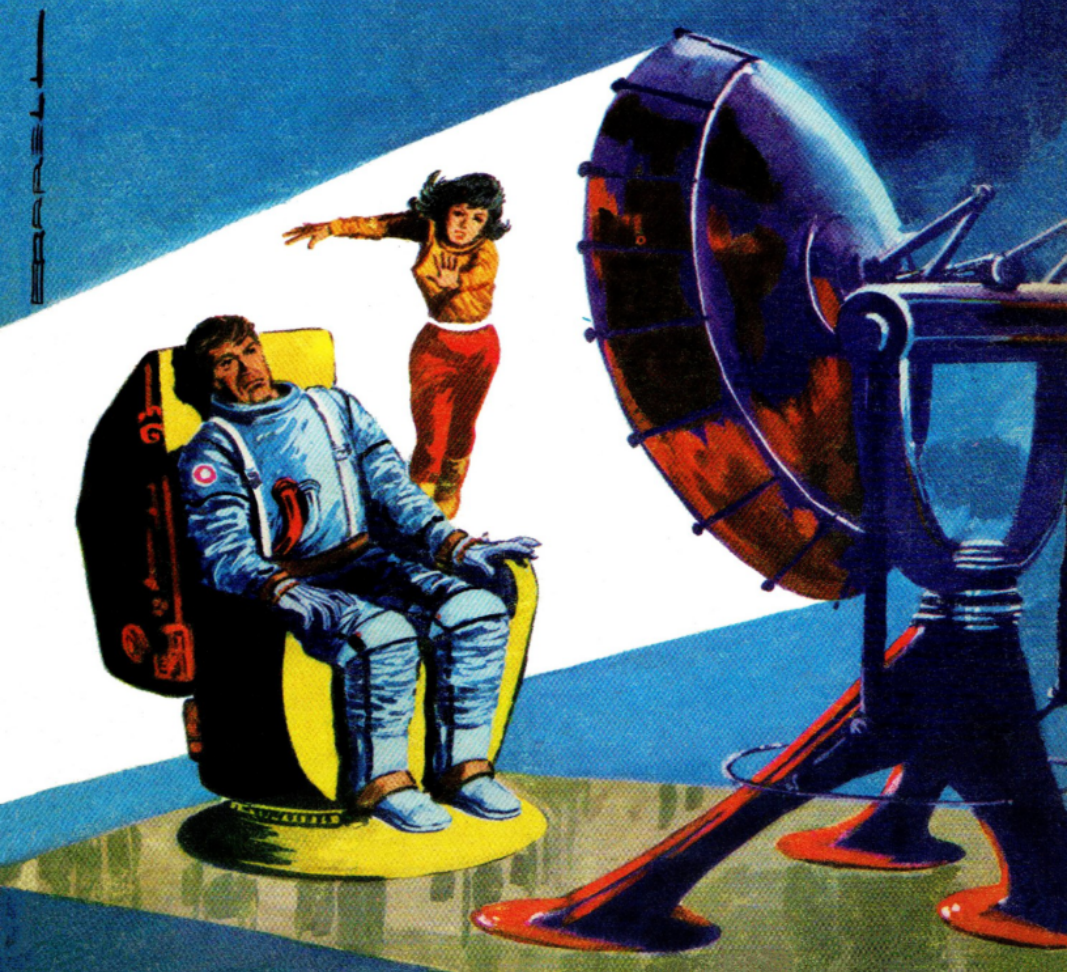


**C****I****E****N****C****I****A**  
**F****I****C****C****I****Ó****N**

**CLARK  
CARRADOS**

# PSICOELECTRÓNICA



# **PSICOELECTRÓNICA**

CLARK CARRADOS

# **PSICOELECTRÓNICA**

EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona  
Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

©, de Clark Carrados, 1968

Depósito Legal: B. 19.084 -1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

---

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau. 20 - Barcelona

## **Capítulo Primero**

Regresaba a su casa cuando vio el fantasma.

¿O era un fuego fatuo?

La hora era muy avanzada y, en aquel sector al menos, la calle estaba completamente desierta. Incluso las aceras deslizantes habían dejado de funcionar.

Alonso Wronar llevaba encima una copita de más. Sentíase sumamente optimista, pese a que tenía los bolsillos vacíos, tan vacíos, que la C.E.F.

(Compañía Espacial de Fluido) le había cortado el suministro de energía para su vehículo, por lo que se veía obligado a caminar a pie.

Alonso, sin embargo, no se afligía por detalle de tan poca importancia. No era la primera vez que, como vulgarmente suele decirse, estaba sin blanca.

Además, tenía motivos para sentirse optimista. Ella le había dicho que sí.

Helen Trubetz iba a convertirse en su esposa. Era una joven encantadora, bien formada y con cierta fama como pintora. Tampoco era mujer a la cual preocupase demasiado el asunto monetario.

Alonso tenía calor y se quitó la chaqueta, poniéndosela bajo el brazo. Sus últimas monedas se habían quedado sucesivamente en los mostradores de los bares que le habían ido saliendo por el camino.

La acera deslizante estaba inmóvil. Alonso no sentía la menor preocupación por ello. Empezó a caminar, un pie en la acera y otro en el bordillo, mientras canturreaba una rítmica melodía. Parecía un chiquillo recién salido del colegio.

Un guardia se cruzó con él y le miró, sonriendo comprensivamente. Alonso le dirigió una amplia sonrisa.

—Estoy cele... celebrando mi próxima bo... boda —dijo, con lengua un tanto estropajosa.

— ¿Quiere que le acompañe a casa, señor? —se ofreció servicial el *policeman*.

—No, no es nece... necesario. Vivo ahí, a la vu... vuelta de la esquina... Buenas noches, guardia.

—Buenas noches, señor.

Y entonces, cuando Alonso Wronar apenas había dado un par de pasos, fue cuando vio la cosa.

Avanzaba velozmente, casi como una centella. El guardia Dickins, cuando formuló más tarde su informe, hizo constar que el resplandor se movía a una velocidad doble de la de un corredor de cien metros lisos. Dickins tenía motivos para saberlo, puesto que era uno de los campeones de la especialidad en los torneos deportivos policiales.

Alonso no le hizo el menor caso, relativamente. Vio venir hacia sí el resplandor, que le pareció tenía la forma de una persona, aunque de contornos no muy bien definidos y agarró la chaqueta con ambas manos.

La cosa tenía un tono entre azul y verde, fosforescente. Era imposible saber su grosor; lo mismo podía ser una lámina de luz, que un bulto casi cilíndrico que despedía un intenso resplandor.

Pareció que iba a acometerle. Alonso cogió la chaqueta a modo de capa de torero y ejecutó un pase impecable.

— ¡Olé! —se jaleó a sí mismo.

El guardia Dickins pegó un salto y consiguió esquivar el veloz resplandor, que desapareció casi en el acto en la próxima esquina.

— ¿Ha visto usted, señor?

Pero Alonso, con la chaqueta al hombro, se alejaba tan tranquilo, silbando

un garboso pasodoble torero. Dickins se quitó el casco y se rascó la cabeza durante algunos momentos con aire de perplejidad.

Luego corrió hacia la esquina y se asomó al otro lado.

El resplandor había desaparecido. Dickins empezó a pensar en la posibilidad de un fuego fatuo.

Bastante más lejos, sonó un fuerte grito, muy corto, sin embargo. El guardia Dickins no lo oyó; no había sonado en su demarcación.

\* \* \*

Alonso Wronar abrió los ojos y movió la lengua dentro de la boca.

— ¡La pesqué buena! —murmuró.

Tenía la cabeza como un tambor en día de desfile. Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el lecho.

Estuvo con la cara entre las manos durante unos momentos, hasta que la habitación dejó de moverse a su alrededor. Luego, quitándose la ropa por el camino, se dirigió al cuarto de baño.

Era un hombre joven, de buena estatura, aunque no un gigante, bien proporcionado y con una excelente musculatura, rodeada de la grasa justa. Su pelo y pupilas eran negros y siempre tenía una sonrisa a flor de labios.

Un par de aspirinas y cinco minutos de estancia bajo el agua fría le tonificaron considerablemente. Cerró la llave del agua, conectó el secador automático y pocos momentos después, estaba vistiéndose.

Empezó a pensar en la conveniencia de tomarse medio litro de café. De pronto, notó en el aire el familiar y agradable aroma de la infusión.

— ¡Hay que ver cómo me sugestiono a mí mismo! —dijo, terminando de abotonarse la camisa.

Y pasó a la sala contigua, junto a la cual se hallaba la cocina. Entonces vio a la mujer.

Parpadeó. En el primer momento, llegó a creer que era una visión.

Era una joven alta, de formas majestuosas, ojos dorados y cabello de un tono singular, tanto, que parecía un casco metálico, bronceado, que envolviese su cráneo. Vestía una especie de túnica, completamente cerrada por el cuello, sin mangas, que dejaba los hombros al descubierto y que terminaba por la parte inferior a quince centímetros sobre las rodillas.

El vestido era de tejido metálico dorado en bronce y en torno a su esbelta cintura llevaba una especie de ceñidor en forma de cordón trenzado, del mismo color que el vestido. Unas sencillas sandalias, sujetas a sus bien torneadas pantorrillas por unas tiras de tejido, completaban su atuendo.

Alonso se dio un par de cachetes en la mejilla.

—Estoy soñando —dijo.

—No —contestó ella con voz bien timbrada, de graves y acariciantes tonos—. Está despierto y bien despierto... pero, si lo duda, tómese una taza de café. Me he permitido hacerlo en su cocina, mientras usted estaba en el baño.

La mano de la desconocida señalaba la mesita, donde, efectivamente,

estaba el servicio de café. Alonso se acercó a la mesa y se sentó frente a ella.

—No es un sueño —dijo—, lo que me alegra enormemente. No siempre recibe uno visitas como la suya a primera hora de la mañana.

—Son las dos de la tarde —rectificó ella—. Por el horario, se nota su condición de... escritor.

Alonso sonrió de costadillo.

—Por favor, no me insulte —dijo—. Hace tiempo que no hay editor que no se ponga a llorar cada vez que voy a verle con un original bajo el brazo. A propósito, ¿quién es usted y cómo ha entrado en mi casa?

—La puerta no estaba cerrada con llave —explicó ella sosegadamente—. En cuanto a mi nombre, se lo diré, pero no ganará nada con ello.

—Ganaré el conocerlo —dijo Alonso—. Por favor.

—Me llamo Minerva Kess.

Alonso meneó la cabeza.

—En efecto, nunca he oído ese nombre —admitió.

—En cambio, yo sí he oído el suyo... y también he leído más de uno de sus originales. A mí me han gustado.

—A los editores, no. Es decir, hace algún tiempo que no les gustan.

—Porque escribe de temas pasados de moda —contestó Minerva—. A nadie le gustan ya los problemas amorosos de una pareja... o de un trío. La gente necesita algo más...

—Sí, con impacto, como suele decirse —exclamó Alonso amargamente—. Temas morbosos, sexo, retorcimientos mentales... Lo siento, esas cosas me dan náuseas. Quizá —añadió—, es porque todavía soy un hombre antiguo, a pesar de vivir a principios del siglo XXI.

—Su honestidad no merece sino elogios. A mí, particularmente, aunque no los temas, me gusta su estilo literario.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Alonso, asombrado.

—Formo parte del consejo directivo de la Editorial Intermundo. Su nombre ha sido sacado a colación más de una vez:

—Ah —dijo Alonso mordazmente—, es usted una de esas personas que están en la sombra y que deciden sobre el destino de los escritores.

—Ahora puedo decidir sobre el suyo —declaró Minerva sin inmutarse.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Indicándole un tema para un buen libro. Créame, no forzaré sus principios morales. Y podrá ganar bastante dinero.

Alonso sonrió.

—¿Es usted detective? —preguntó.

—No he venido aquí sin conocer sus antecedentes —respondió ella—. Bien, ¿acepta mi proposición?

—¿Por qué no empieza por exponer todo de una vez?

—El tema del libro versará sobre el robador de almas.

Alonso levantó las cejas.

—¿Robador de almas? —repitió, atónito.



—O ladrón de espíritus, como lo prefiera. Señor Wronar —dijo Minerva —, usted lo tomará a broma, dirá que es una exageración propia de una mujer dada a las más disparatadas fantasías, pero lo cierto es que estamos corriendo un gravísimo peligro.

—¿Una invasión marciana? —se burló él.

—No. El enemigo está aquí, en nuestro planeta... ¡en nuestra ciudad!

—¿Y se llama?

Minerva tenía su bolso sobre la mesa. Lo abrió y extrajo dos cosas: un papel y un fajo de billetes.

—Ahí tiene un nombre y una dirección —dijo—. En cuanto al dinero, me imagino que no podrá empezar a hacer acopio de datos teniendo preocupaciones económicas.

—Nunca creí en los milagros —dijo él—, pero parece como si estuviese siendo protagonista de uno de ellos.

—Lo que está sucediendo es una cosa completamente terrenal —aseguró Minerva.

—Usted habló de almas... y eso no tiene nada de terrenal.

—Era una especie de metáfora. Lo comprenderá mejor cuando haya visitado al individuo cuya dirección está anotada en ese papel.

Minerva se puso en pie. Alonso observó que era más alta de lo que aparentaba a primera vista.

—Estoy perplejo... —murmuró.

—Es conveniente que abandone su perplejidad —aconsejó ella—. No está soñando ni se trata de una pesadilla; todo es completamente real.

—¿Incluso la existencia de ese... robador de almas?

—Sí.

Minerva se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere! —llamó Alonso.

Ella se volvió a medias.

—Dígame, señor Wronar.

—¿Tengo... he de darle a usted cuenta... algún informe de mis investigaciones literarias?

—Si lo creo conveniente, ya le llamaré a través del visófono. Buenos días, señor Wronar.

—Buenas tardes, señorita Kess. ¿O debo decir señora?

Pero ella ya no le contestó. Suavemente, aunque no con lentitud, cruzó el umbral y desapareció de la vista de Alonso.

Durante unos momentos, Alonso permaneció como hipnotizado, clavado en el suelo por los pies. Luego, sus ojos se volvieron hacia el fajo de billetes que ella había dejado sobre su mesa.

Luego tomó el papel que había junto al dinero. Leyó un nombre y una dirección:

Alonso cogió luego el fajo de billetes. Contó su número por encima; había alrededor de dos mil neolibras esterlinas.

—Si esto es un sueño... —murmuró—, ¡vivan los sueños!

## **Capítulo II**

Una de las cosas que primero hizo Alonso fue llamar a la C.E.F. Dio su número clave y dijo:

—Estoy dispuesto a saldar mi cuenta. Quiero utilizar mi coche inmediatamente.

—Debe usted siete libras y treinta y nueve peniques por suministro de fluido —le contestaron al cabo de unos momentos—. Deposite el dinero en el contador de su automóvil; el suministro se reanudará automáticamente.

—Está bien.

Acto seguido, Alonso terminó de vestirse. Guardó la mayor parte del dinero y se echó al bolsillo solamente un centenar de neolibras.

Salió de casa y descendió al garaje del edificio. El vigilante le cambió una libra en monedas. Alonso le dio una buena propina y, acto seguido, se metió en el coche.

Canceló la deuda. Inmediatamente, una luz roja en el tablero de mandos le indicó que el suministro de fluido se había reanudado.

Tenía frente a sí una especie de disco, semejante al de los visófonos.

Marcó las cifras de la clave de su automóvil y, cinco segundos después, una luz verde le indicó que podía poner en marcha el vehículo.

Soltó el freno de mano y pisó el acelerador. Desde una estación, situada a miles de kilómetros en el espacio, le era enviada la energía suficiente para mover el vehículo a velocidades comprendidas entre cero y cuatrocientos kilómetros por hora en las autopistas abiertas.

El automóvil era un tanto anticuado. Todavía no disponía de cerebro electrónico conductor. Este era un invento relativamente reciente.

Todavía rodaban muy pocos coches con el C.E.C. Bastaba programar la dirección deseada, para que el vehículo, por sí, automáticamente, sorteando todos los obstáculos del tránsito y deteniéndose ante las señales luminosas, condujese a sus ocupantes al lugar deseado. El sistema tenía todavía algunos fallos y estaba aún en período de perfeccionamiento.

Alonso guio su vehículo rápida y diestramente. Las grandes avenidas del Nuevo Londres permitían una circulación fluida y sin atascos. La supresión de los motores de combustión interna había clarificado extraordinariamente la atmósfera. Ciertamente, la niebla en los meses invernales era inevitable, pero el tiempo aún no había podido ser dominado completamente por el hombre.

Cuarenta minutos más tarde, llegó a la Alineación 40, una vasta avenida, flanqueada por colosales edificios de cincuenta y más plantas. Había enormes terrazas ajardinadas, suspendidas en el espacio, y las vías de comunicación se entrecruzaban de un modo que parecía casi irreal.

Alonso buscó el edificio número 12. Dejó el coche en el lugar destinado a estacionamiento y entró en la casa.

Un ascensor automático le llevó al piso 37.º. Buscó la puerta B-1 y oprimió el llamador.

Segundos después, una mujer, joven y agraciada, le miró desde el umbral. Alonso observó una indudable expresión de pena en sus facciones.

—Señora —saludó cortésmente.

—Dígame —contestó ella.

—Mi nombre es Alonso Wronar. Por favor, ¿podría entrevistarme con el señor Jell Cadaro?

La joven movió la cabeza.

—Temo que no esté en condiciones de recibir a nadie —respondió—. Soy su esposa, Fanny —se presentó—. Jell está enfermo.

Alonso se sorprendió.

—No lo sabía —dijo—. ¿Es grave?

—Los médicos que le han visitado dicen que no tiene cura.

De pronto, la joven se echó a llorar amargamente.

Alonso trató de consolarla.

—Por favor, señora Cadaro... la medicina ha adelantado hoy muchísimo... Repórtese, se lo ruego.

Fanny Cadaro trató de secarse las lágrimas.

—Vivirá siempre así... como está ahora... sin ver, ni oír... como una

planta... Tengo que darle de comer yo misma... Si no, se moriría de hambre... y no protestaría...

—Por favor, ¿le importaría que lo viese?

Fanny meneó la cabeza.

—Sígame, se lo ruego.

Alonso caminó detrás de la joven. En una habitación, donde daba el sol, vio a un hombre de unos treinta años, sentado en una silla de ruedas, contemplando el paisaje con una expresión de completa estupidez.

—Mírelo —dijo Fanny—. Así se pasa las horas... y los días... Ya lleva dos semanas...

—Pero, ¿cómo contrajo la enfermedad? ¿Tal vez una lesión cerebral a causa de un accidente?

—No... Fue... algo repentino, inesperado. Mi... Jell es ingeniero. A veces, desarrolla proyectos propios en un gabinete de trabajo que se montó en casa...

—Sí, continúe, señora —rogó Alonso.

—Aquella noche... estaba trabajando. Yo cosía en la salita. De pronto, le oí gritar. No fue gran cosa, como cuando uno sufre un accidente casero... se da un golpe contra una puerta o algo por el estilo.

—Comprendo. ¿Qué más?

—Me alarmé un poco y le llamé. Cuando me di cuenta de que no me contestaba, corrí hacia el gabinete y me lo encontré en el suelo. Me asusté muchísimo, créame. Estaba desvanecido, pero recobró pronto el conocimiento. Entonces vi que no me reconocía...

Fanny lloró de nuevo. Cuando se calmó, dijo:

—Llamé a un médico y me recetó unos estimulantes... Dijo que tal vez el golpe de la caída... pero los especialistas han asegurado que el golpe fue mínimo y que no pudo ser la causa de su actual estado.

—Tal vez un coágulo de sangre en el cerebro —apuntó Alonso.

—Las radiografías indican una absoluta normalidad en su cerebro, así como los electroencefalogramas. Los médicos ya no saben qué pensar.

Alonso recordó entonces una frase de Minerva Kess. «El robador de almas». Se estremeció.

¿Era cierto que había un ladrón de almas? La frase era más bien metafórica; «el alma no se puede robar», se dijo. Pero sí anular la mente de una persona... ¿por qué procedimientos?

—¿Es usted también médico, señor Wronar? —preguntó Fanny.

Alonso meneó la cabeza.

—No, señora Cadaro —respondió—. Un... amigo me indicó que su esposo se encontraba enfermo y... estoy practicando investigaciones estadísticas por cuenta de una compañía de seguros —mintió.

—Entiendo —dijo ella—. Lamento no poder ofrecerle más datos, señor Wronar.

—Creo que tendré suficiente —contestó él—. Una pregunta más. ¿Qué enfermedades graves ha tenido su esposo antes de ahora?

—Ninguna, salvo una apendicitis. Cuando era pequeño, las enfermedades clásicas: sarampión, varicela, alguna amigdalitis... Jell poseía una salud de hierro, créame.

Alonso movió la cabeza afirmativamente.

—Lo lamento infinito, señora —dijo—. Sin embargo, no pierda las esperanzas. Su esposo se recobrará cuando menos lo espere. Estas cosas del cerebro son así.

Los ojos de Fanny se humedecieron.

—Es usted muy bueno, al querer darme esperanzas —dijo—. Pero yo sé que no se recobrará jamás. No lo siento tanto por mí, como... Jell no conocerá nunca a nuestro hijo... Nacerá dentro de unos meses y él n... no...

Alonso tomó una de las manos de la mujer y la palmeó afectuosamente.

—No pierda el ánimo, señora Cadaro —dijo—. Insisto en que su esposo se recobrará cuando menos lo espere.

Alonso salió de la casa sumamente impresionado. Nunca había visto un caso semejante. Ciertamente, Fanny había definido exactamente el estado actual de su esposo: era un vegetal.

Se estremeció: «¿Acaso se trata de un nuevo tipo de enfermedad?», pensó. Pero luego, una vez más, volvió a recordar la frase; de Minerva Kess. «El robador de almas».

¿Había un ser que robaba las mentes de las personas?

—Es absurdo —dijo al cabo.

Regresó en el coche a su casa. Antes, sin embargo, se acordó de su novia.

Detuvo el vehículo en un lugar apropiado y buscó una cafetería. Mientras le servían una taza de café, usó el visófono.

Helen no estaba en casa. El grabador automático le indicó que había salido.

Alonso frunció el ceño. Helen, pese a ser artista, solía observar un comportamiento metódico. A las cinco de la tarde, en un día normal, siempre estaba en casa.

Se encogió de hombros. La llamaría más tarde.

Tomó el café. Luego consultó el indicador alfabético de direcciones.

La de Minerva Kess no aparecía por ninguna parte. Consultó a la central.

—Número reservado —le dijeron.

Alonso insistió.

—Consulten. Díganle que le llama Alonso Wronar. Quiero hablar con ella.

Era el procedimiento correcto para entablar contacto con una persona que había reservado su clave visofónica. La telefonista respondió:

—Lo siento, señor; el visófono de la señorita Kess es reservado tipo 01-A.

Alonso torció el gesto.

Reservado tipo 01-A significaba una cosa: solo los altos empleados de comunicaciones conocían la clave de la joven.

—Está bien, muchas gracias —dijo, y cortó la comunicación de un irritado manotazo.

No sabía qué hacer. ¿Acaso Minerva iba a indicarle sucesivamente

posteriores investigaciones?

Insistió de nuevo en llamar a su novia. El visófono le dio la misma respuesta.

— ¡Maldita sea! ¿Adónde diablos habrá ido?

Pero como no podía hacer nada más, regresó a su casa.

Cuando entró en el piso, vio que tenía visita.

Era un hombre diminuto, casi un enano, de piernas ridículamente cortas y torso de barril. Con su barbita en punta y los ojos chispeantes, parecía un gnomo.

—Usted es Alonso Wronar —dijo el hombrecillo.

—Si mal no recuerdo —contestó Alonso cáusticamente.

—Me llamo Hrodz —se presentó el diminuto individuo—. Desearía conversar unos momentos con usted. Aunque —agregó—, a decir verdad, más bien será un monólogo.

—Antes de nada —dijo Alonso—, me gustaría saber cómo ha entrado en mi casa.

— ¡Por la puerta, naturalmente! —contestó Hrodz, fingiendo ingenuidad.

—Pero sin mi permiso.

—Debo reconocerlo, señor Wronar. Le pido perdón por ello... pero espero que comprenda que he debido actuar así, en atención a las circunstancias.

— ¿Qué circunstancias?

—Las suyas personales, señor Wronar.

Alonso frunció el ceño.

—No le entiendo —dijo.

Hrodz había estado sentado hasta entonces. Se puso en pie, pero su estatura no aumentó demasiado.

—Parece ser que hoy ha recibido la visita de una bella joven —dijo.

— ¿Se dedica usted al repugnante oficio de espía? —preguntó el joven agriamente.

—Mi profesión es mucho más digna, pero estoy bien informado de lo que me interesa.

—Y yo, al parecer, le intereso.

Hrodz le miró de arriba a abajo con cara de desdén.

—No. Un insecto no interesa sino a los entomólogos... y yo no soy entomólogo —contestó.

Alonso empezó a hartarse.

—Será mejor que se largue —dijo, señalando la puerta.

Hrodz se le acercó hasta casi tocarle con el pecho.

Sus ojos brillaban de un modo singular.

—Señor Wronar, olvide cuanto le ha dicho su hermosa visitante —advirtió con voz amenazadora—. No habrá más avisos, entiéndalo de una vez.

—Parece una amenaza de muerte —gruñó Alonso.

—Algo infinitamente peor —dijo Hrodz.

—No quiero oír más sandeces —exclamó Alonso—. Váyase.

—Sí, me iré, pero no sin darle una muestra de lo que puede sucederle si persiste en su obstinada actitud.

Alonso se quedó perplejo un instante. De pronto, antes que pudiera reaccionar, Hrodz le puso una mano en el pecho.

Alonso sintió una especie de golpe tremendo. Vagamente, notó que era arrojado hacia atrás. Chocó contra un sillón, lo derribó y cayó al suelo.

Cuando su cuerpo tocó la alfombra, ya no sentía nada.

### Capítulo III

Cuando despertó, era de día.

Durante largo rato, permaneció quieto, en la posición de tendido, hasta que recordó lo que le había sucedido la víspera. Solo entonces se dio cuenta de que estaba en su propia cama.

Pasaron unos minutos antes de que Alonso sintiera desaparecer de sus músculos el envaramiento que casi le impedía moverse. Luego, con torpes andares, se dirigió al cuarto de baño.

—La culpa es de Minerva Kess —dijo rencorosamente.

Media hora después, había vuelto a la normalidad. Pasó mucho tiempo reflexionando sobre los acontecimientos de la víspera.

Sentíase irresoluto. No sabía qué hacer.

Había confiado en hablar con Minerva. El hecho de que ella poseyera una clave visofónica inalcanzable, le ponía de mal humor.

De pronto, oyó el tañido de su visófono. Cruzó la estancia y apretó la palanquita de contacto.

Segundos después, vio en la pantalla el rostro de Fanny Cadaro.

— ¡Señor Wronar!

La joven aparecía radiante de felicidad.

—Mi esposo ha recobrado el conocimiento —dijo Fanny.

— ¡Es maravilloso! —exclamó Alonso.

—Ocurrió hace pocos minutos. De repente, pareció despertar de un sueño larguísimo... pero despertó con toda normalidad. Dijo que tenía un apetito de lobo. Desayunó y luego...

—Siga, señora Cadaro —pidió el joven.

—Bien, no sé qué más decirle... Me siento contentísima... Está como nuevo...

Una voz masculina salió por el altavoz del aparato. No se dirigía a Alonso, sino a la joven.

— ¡Fanny!

Alonso sonrió. Fanny volvió la cabeza un instante.

—Ahora mismo, cariño —dijo—. Señor Wronar, creí que le agradaría conocer la noticia.

—Muchísimo, señora Cadaro. Enhorabuena.

—Gracias, gracias...

La voz de Jell Cadaro volvió a sonar, con trémolos de impaciencia. Alonso sonrió comprensivamente.

—La están llamando, señora Cadaro. Adiós y felicidades.

—Adiós —se despidió ella atropelladamente.

Alonso cortó la comunicación.

—Supongo que a Minerva le agradaría conocer la noticia —murmuró—. Pero no tengo medio de comunicársela.

Reflexionó unos momentos. De pronto, pulsó el interruptor del consultor automático de direcciones.

Marcó el apellido Hrodz. No tardó en obtener la respuesta:

H. Hrodz  
*C.A. Nivel 15, 300*

Alonso movió la cabeza pensativamente.

Conocía aquel distrito. C.A. significaba Ciudad Aérea.

Era un barrio residencial, situado a sesenta y cinco kilómetros al S.O. de Nuevo Londres. Ocupaba un área muy extensa y estaba formado por una aglomeración de terrazas escalonadas, en forma de jardines colgantes, de enorme extensión.

Cada una de las terrazas medía al menos tres mil quinientos metros de longitud por mil de anchura y estaban unas sobre otras, pero situadas de tal manera, que las superiores no ocultaban por completo el sol a las inferiores.

Las terrazas sustentaban asimismo una capa de tierra del grosor suficiente para que pudieran crecer árboles de varios metros de altura. Diversas autopistas y ascensores comunicaban entre sí las distintas terrazas.

—Un sitio caro, evidentemente —se dijo.

Los edificios eran unifamiliares. Ninguna casa tenía más de un piso y todas disponían de su jardín propio y separadas, además, por una distancia mínima de cien metros.

El nivel 15.º era el superior y más caro. En él, la separación mínima entre casa y casa era de doscientos metros.

—Ciertamente, Hrodz es un tipo de dinero —se dijo.

Y, de pronto, concibió la idea de visitarle.

¿Qué clase de arma había empleado para derribarle? Simplemente, le había tocado en la mano con el pecho y...

Llamó a Helen. El visófono le dio una respuesta mecánica.

—Ausente... ausente... llamará a su número cuando vuelva... Ausente... ausente...



Alonso golpeó la tecla de cierre con un gesto de ira.

— ¿Dónde diablos se habrá metido? —masculló.

Dejó el asunto de lado. Vería a Helen más tarde. Ahora tenía trabajo.

Iba a devolver la visita a Hrodz.

\* \* \*

Dejó el coche en el nivel decimocuarto. Ascendería al decimoquinto por una escalera auxiliar.

Entre cada nivel había un espacio de unos treinta metros. Teniendo en cuenta que había quince niveles, la altura total de la ciudad aérea era de unos cuatrocientos cincuenta metros.

Mirar hacia abajo daba vértigo. Sin embargo, los niveles parecían flotar casi en el aire, debido al singular efecto de unas columnas sustentadoras de una delgadez inverosímil.

Aunque era de noche, había la suficiente iluminación para ver a gran distancia. Alonso subió parsimoniosamente por una escalera secundaria y pronto se encontró en el nivel deseado.

Los jardines estaban rodeados por vallas de escasa elevación en su mayoría. Algunos, sin embargo, disponían de tapias de mampostería.

Alonso sabía que los propietarios de las casas eran propietarios también de los terrenos sobre los cuales se habían edificado. Ello les permitía realizar modificaciones a su antojo.

Buscó el número 300. No le extrañó toparse con una tapia de más de dos metros de altura, que ocultaba, por completo lo que había al otro lado.

Torció el gesto. «Debieron prohibir estropear el paisaje con estos obstáculos», se dijo.

La puerta era opaca, de plancha de metal. De pronto, Alonso vio que empezaba a abrirse.

Se tendió en el suelo, al pie de la tapia. Era todo lo que podía hacer.

Un coche salió por la puerta y se alejó rápidamente hacia la autopista de acceso. Su piloto no reparó en la presencia del joven.

Alonso creyó que soñaba. ¿Era posible que Helen...?

Se frotó los ojos.

—He debido de ver mal —murmuró.

La puerta se cerró de nuevo. Alonso se puso en pie, limpiándose las ropas maquinalmente.

Estiró los brazos. Llegaba suficientemente al borde de la tapia. Alonso calculó que, más que un obstáculo artificial contra la entrada de extraños, era obstáculo para la vista.

De pronto, las yemas de sus dedos rozaron un cable finísimo de metal. Alonso se puso rígido.

—Debí de haberlo sospechado —murmuró—. Hay un sistema de alarma...

Imposible entrar sin ser avistado a los pocos minutos. Con harto pesar, Alonso hubo de desistir de su empeño.

Reflexionó unos momentos. De pronto, se le ocurrió una idea.

No había alarma que no pudiera ser inutilizada. Claro que esto tenía que hacerlo un experto y él no lo era. Pero conocía a alguien que podía ayudarlo. El único inconveniente consistía en que debería posponer la incursión para la noche siguiente.

Inició la media vuelta para alejarse.

De pronto, vio que la atmósfera se enturbiaba junto a la puerta. Alonso se sintió repentinamente incómodo.

Una forma luminosa atravesó el metal y corrió velozmente hacia la autopista de acceso. El joven recordó entonces el resplandor que había visto la noche en que se prometió con Helen.

La silueta luminosa desapareció en contados segundos. La incomodidad de Alonso desapareció también.

Pero no su inquietud. ¿Qué era, qué significaba aquella especie de fuego fatuo del tamaño de una persona?

El robador de almas.

¿Era algo más que una fantasía?

Alonso sintió miedo de pronto. Era hombre habituado a cosas con explicación lógica, no incrédulo, pero sí de espíritu positivo y amigo de lo concreto y tangible.

Buscó la escalera y regresó a su coche. Cuando llegó a su casa, todavía no le había desaparecido la sensación de miedo. Incluso, cosa infrecuente en él, hubo de recurrir a una tableta de hipnótico para poder conciliar el sueño.

La mañana siguiente resultó un tanto movida. Apenas se había despertado, oyó el zumbador del visófono.

Era Minerva Kess. Alonso dejó escapar una exclamación de alivio al ver en la pantalla el hermoso rostro de la joven.

— ¡Por fin! —exclamó—. He intentado llamarla...

—Mi número es secreto —contestó ella, impasible—. ¿Ha visto a Cadaro?

—Sí, pero...

Minerva le interrumpió en el acto.

—Le veré a las tres de la tarde en Kint's —dijo—. Mi aspecto habrá cambiado radicalmente, pero no se preocupe; yo sí le reconoceré a usted. A las tres de la tarde, en Kint's, no lo olvide. Adiós.

— ¡Espere! —gritó Alonso, pero ya era tarde; Minerva había cortado la comunicación.

Lanzó una exclamación de disgusto. Luego se dispuso a meterse en el baño.

El visófono sonó de nuevo.

—Será Helen —murmuró, a la vez que daba el contacto.

Era la señora Cadaro y parecía muy afligida.

— ¡Señor Wronar! —dijo.

Alonso se alarmó.

— ¿Qué ocurre? ¿Ha recaído su esposo? —preguntó.

Ella se retorció las manos.

—No sé qué decirle. Aparentemente, su estado es normal, pero...

—Vamos, vamos, no se aflija. Cuénteme, ¿qué le sucede?

—Jell ha olvidado todo lo concerniente a su profesión. Ya le dije que era ingeniero, ¿no?

—Desde luego, lo recuerdo perfectamente.

—Bien... pues hoy día, apenas si sabe sumar dos y dos.

— ¡Rayos!

La exclamación brotó instintivamente de labios del joven. Se excusó.

—Perdóneme, señora. Me he asombrado tanto que...

Fanny movió la cabeza.

—Es lógico —contestó—. No sé qué hacer; esto que le sucede a Jell es rarísimo. En lo demás, razona y coordina y recuerda con perfecta normalidad; es muy aficionado a la música clásica y no ha olvidado ni una sola de las piezas que conoce... pero en lo referente a su profesión... es como si jamás hubiese oído hablar de las matemáticas.

— ¡Caramba! —murmuró el joven—. Sí que es raro. ¿Ha consultado con algún médico?

—No —repuso la joven—. No sé qué hacer...

Alonso tampoco sabía qué consejos dar a la atribulada señora Cadaro.

—Bueno, tal vez se trata de una amnesia específica —dijo un tanto vagamente—. Puede ser motivada por un exceso de trabajo... la mente queda en blanco en tales ocasiones. Es como una especie de defensa propia contra algo que nos conturba... y no dejará de reconocer que un trabajo excesivo acaba siendo perturbador para el cerebro.

—Sí, quizá sea eso —admitió Fanny, algo más consolada—. No sabía a quién recurrir —añadió.

Alonso emitió una sonrisa de ánimo.

—Se le pasará pronto —dijo—. ¿Por qué no se van unos días de vacaciones? Haga un esfuerzo por convencer a su esposo; verá qué cambio tan estupendo nota a su vuelta.

Fanny sonrió.

—Seguiré su consejo, señor Wronar —dijo—. Ahora me encuentro mucho más aliviada. Gracias de todo corazón.

Alonso cortó la comunicación. Era raro lo que le sucedía a Cadaro... pero no cabía la menor duda: su dolencia mental se derivaba de un exceso de trabajo, que había recargado su cerebro y provocado el estallido amnésico que, en cierto modo, podía llamarse liberador.

Luego empezó a pensar en su expedición a casa de Hrodz. Tras unos segundos de reflexión, marcó una cifra en el visófono.

La cara de un hombre joven, algo mayor que él, apareció a los pocos segundos en la pantalla.

—Hola, Gus, viejo búho —saludó Alonso—. ¿Cómo van tus inventos?

—Perfectamente —contestó el otro—. Acabo de patentar un nuevo pelador

de manzanas.

—El mundo está salvado —dijo el joven humorísticamente—. ¿Cuántas manzanas pela por minuto?

—Una, pero no hay necesidad de tocar la manzana ni el aparato. Uno se pone unos auriculares en la cabeza, se sumerge en la audición de la Novena de Beethoven y cuando el concierto termina, la manzana está pelada.

Alonso se echó a reír. Su amigo Gus Sand, una prometedora notabilidad en el campo de la electrónica, era un humorista.

—Magnífico —dijo—. Te compraré uno cuando lo pongan a la venta en masa. Entretanto, ¿te gustaría darte un paseíto nocturno?

—¿Adónde? —preguntó Sand con avidez—. ¿Conoces algún nuevo local?

—El local adonde vamos a ir esta noche no dispone de bailarinas enemigas del Sindicato Textil —contestó Alonso—. Pero te prometo una noche de diversión.

—Entonces, sea lo que sea, cuenta conmigo —aceptó Sand sin más vacilaciones.

## Capítulo IV

Alonso consultó la hora. Tenía tiempo. Aún no eran las once de la mañana. La cita con Minerva estaba fijada para las tres de la tarde.

Minutos después, se hallaba a bordo de su automóvil, el que le llevó en menos de media hora a casa de su novia.

Helen no tenía nunca cerrada la puerta de su estudio. Cuando Alonso entró en la vasta sala donde ella trabajaba, la vio, con su bata de pintora, al pie de un caballete, en el que había montado un cuadro de notables dimensiones.

Había un hombre sentado en un sillón, a cierta distancia, contemplando la labor de la pintora. Era un sujeto grueso, ostentosamente vestido, con las manos enjoyadas y un grueso habano pendiente de los labios.

— ¡Alonso, querido! —exclamó Helen al verle—. Perdona que no te dé siquiera un beso, pero es que estoy enfebrecida por terminar este cuadro. Ah, permíteme que te presente al señor Alessio, experto en pinturas. Signar Alessio, mi prometido, Alonso Wronar, escritor.

Los dos hombres se saludaron correctamente.

—De modo que se va a casar con esta eminencia del arte —dijo el italiano.

—Eso parece —contestó el joven—. Helen, te ha tratado de eminencia.

Ella se echó a reír.

—El señor Alessio sobrevalora mi pintura —dijo.

—Nada de eso —contestó el comerciante—. Su estilo me gusta infinitamente más que el de Ramón Alay. En cuanto exponga usted, Alay se irá por los suelos. Nadie más querrá comprar un cuadro suyo. En cambio, los de usted, señorita Trubetz, se lo asegura un entendido, se venderán como rosquillas.

Helen miró a su prometido.

— ¿Qué te parece, Alonso? —dijo—. ¿No te sientes orgulloso de mí?

—Bueno, si es cierto lo que el señor Alessio dice...

Alonso lanzó una mirada al cuadro. No entendía mucho de pintura, pero, realmente, le pareció una obra excepcional.

Su estilo le recordaba el de un pintor conocido: el español Alay, una firma sólida y segura, cada uno de cuyos cuadros era un cheque el portador, que cualquier banco avalaría en el acto.

—Eso es imitación, al fin y al cabo —dijo.

—Está equivocado, señor mío —exclamó Alessio—. Los estilos son un tanto parecidos, no lo niego, pero el de la señorita Trubetz posee una expresión propia, infinitamente más vigorosa y plástica que la de Ramón Alay. Lo crea o no —añadió rotundamente—, ya le he firmado un contrato por veinticuatro obras, para exponer en Sotheby's II dentro de dieciséis meses.

Alonso lanzó un silbido de admiración.

— ¿Le habría entregado un cheque de diez mil neolibras, si no creyera en ella? —dijo Alessio con acento de suficiencia—. Señor Wronar, no estoy

acostumbrado a tirar el dinero, sino a invertirlo provechosamente... y la inversión realizada con su prometida, son billetes del Banco de Inglaterra.

—Te vas a forrar, nena —dijo Alonso.

Ella le miró cariñosamente.

—Será para los dos, tonto —contestó. Y siguió pintando.

—Ayer te llamé todo el día —dijo él—. No estabas en casa.

Helen pareció sobresaltarse.

—Estuve en casa de unos amigos. Lo siento, cariño; tendrás que perdonarme.

—¿Todo el día?

—Y buena parte de la noche... pero ya te explicaré otro momento. Por favor, ¿quieres preparar unas tazas de té?

Sin saber por qué, Alonso sintió de repente una especie de repulsión hacia su prometida.

—Dispénsame, nena, pero tengo que hacer algo importante. Estoy citado con un editor y... señor Alessio, ha sido un placer. Adiós, Helen.

Y se despidió bruscamente, impulsado a marcharse por una fuerza desconocida cuyo origen no acertaba a conocer.

¿Sentía de repente aversión hacia su prometida?

¡Pero si la amaba locamente!

No sabía qué pensar. Algo raro estaba ocurriendo a su alrededor.

¿Se debía a la visita de Minerva Kess?

En todo caso, pronto hablaría con ella. Tal vez la joven pudiera sacarle de dudas. Desde luego, no le había entregado dos mil libras para nada.

Llegó a Kint's con tiempo más que sobrado. Para entretener la espera, compró un periódico.

En la tercera página, halló una noticia sorprendente:

### ¡EL FAMOSO PINTOR RAMÓN ALAY RECOBRA LA SALUD!

*Como recordarán nuestros lectores, Ramón Alay, una de las glorias pictóricas españolas, cayó en una especie de coma, en cuyo estado permaneció sumido dos largas semanas, sin que los médicos que le atendían pudieran hallar el origen de su dolencia. Ayer, inexplicablemente, Alay volvió a la normalidad, encontrándose en el día de hoy en perfecto estado de salud...*

*El mundo del arte debe congratularse de esta magnífica noticia. Alay, todavía joven, puede producir muchas obras maestras que...*

Alonso frunció el ceño. Aquella noticia le recordaba un caso similar.

Jell Cadaro, concretamente.

Como Cadaro, Alay se había convertido durante dos semanas en un vegetal viviente. Luego, de súbito, había vuelto a la normalidad.

De repente, Alonso sintió una especie de escalofrío.

El periódico no decía nada más acerca de la enfermedad del famoso pintor.

¿Iba a pasarle lo mismo que a Cadaro?

¿Olvidaría Alay el manejo de los pinceles?

Una súbita sospecha invadió su mente. Sin poder contenerse, se levantó de la mesa y corrió hacia una de las cabinas telefónicas.

Buscó presurosamente un número. Segundos después, estaba en comunicación con la Embajada española.

La encargada de la centralita le puso en comunicación con el agregado cultural. Alonso especulaba con el hecho de que no iba a ser el único en inquirir noticias del gran pintor.

Tras declararse admirador furibundo de Alay, preguntó al agregado por el estado de salud del pintor.

—Tenemos buenas noticias de Alay —contestó el diplomático—. Se ha restablecido...

Alonso advirtió cierto tono de inseguridad en la voz de su interlocutor.

— ¿Está seguro? Creo que Alay tiene... dificultades en volver a coger los pinceles —aventuró.

La sorpresa del diplomático era genuina.

— ¿Cómo lo sabe usted? —exclamó—. Acaban de comunicárnoslo; la prensa ni siquiera está enterada...

—Fue una suposición, simplemente —respondió Alonso.

Y cortó la comunicación.

Regresó a su mesa y agitó la mano. Una camarera, de rostro vulgar y senos opulentos, cubierta con un mínimo de ropa, acudió a la llamada.

— ¿Señor? —dijo, mirándole provocativamente.

—Trágame coñac —pidió Alonso—. Doble.

—Sí, señor.

La camarera se alejó, con gran contoneo de caderas. Alonso estaba sumamente preocupado.

Cadaro y Alay, dos casos idénticos, aunque situados en distintos puntos del globo.

¿Una enfermedad de nueva especie?

La camarera llegó con el pedido y lo puso sobre la mesa. Al hacerlo, uno de sus dedos rozó deliberadamente la mano de Alonso.

El joven levantó los ojos. La camarera le guiñó descaradamente el derecho, a la vez que le dirigía una sonrisa incitante.

Alonso contestó con una mueca. Ella se encogió de hombros con gesto desdeñoso.

—Idiota —le apostrofó en voz baja, pero no tanto que el joven no pudiera escucharla.

Alonso apuró el licor en un par de tragos. Al acabar el coñac, divisó en el fondo de la copa un trozo de la misma de distinto color.

Parecía como si hubiesen pegado en el vidrio un fragmento de alguna

sustancia insoluble, como una fina película de tejido plástico. No era muy grande, pero sí para leer una indicación:

### *Vaya a los servicios*

Alonso se puso rígido.

De modo que la camarera...

Consultó su reloj. ¡Eran las tres en punto de la tarde!

Recorrió con la vista el local. La camarera tenía el pelo negro, lo recordaba muy bien. Además, vestía el uniforme propio de las chicas que trabajaban en Kint's. Sobre el lado izquierdo llevaban un disco con el nombre de la casa y el número.

La camarera del pelo negro había desaparecido. Si Minerva se había disfrazado, era preciso admitir que lo había hecho muy bien.

Pero también podía ocurrir que hubiese requerido la ayuda de alguna amiga para, dejarle el aviso. Después de leer la nota tan hábilmente entregada, no le cupo la menor duda de que Minerva se sentía vigilada.

Para ello, bastaba con acordarse de la visita del gnomo. ¿Cómo había sabido Hrodz que Minerva había estado a verle en su casa?

Poniéndose en pie, dejó una moneda sobre la mesa. Luego, con paso medurado, caminó hacia los lavabos.

Entró en el departamento y se acercó a un lavabo. Abrió el grifo y se miró en el espejo.

Allí había una nota escrita. Apenas era legible, salvo si se miraba al espejo desde determinando ángulo. Alonso estuvo a punto de no leerla.

### *Salga por la ventana*

Alonso se secó las manos en el chorro de aire caliente. Luego se acercó a la ventana y la abrió.

A diez metros, divisó un coche azul, parado en el callejón transversal que servía para la entrada de los camiones de transporte que portaban cargas para los distintos establecimientos del bloque. Sin vacilar, el joven se puso en pie sobre el alféizar y saltó al suelo.

La camarera estaba al volante del coche.

—Entre —dijo—. Deprisa.

Alonso se situó a su lado. El coche arrancó inmediatamente a toda velocidad, conducido por la camarera, que se había puesto un sencillo vestido sobre su uniforme.

El vestido no llevaba mangas. Alonso le miró los brazos.

La piel era dorada, suave, cálida. En modo alguno correspondía a las vastas facciones de la mujer que pilotaba el vehículo con singular pericia.

—Usted es Minerva Kess —dijo al cabo.

—Exactamente —contestó ella, sin mirarle—. La misma.



## Capítulo V

Minerva detuvo el coche en el interior de un garaje subterráneo. Tomó su bolso y saltó fuera con singular agilidad.

Alonso la siguió en el acto. Ella se dirigió al ascensor, en el cual entraron ambos.

Un minuto después, salían al corredor de la planta vigesimocuarta. Minerva, sin despegar todavía los labios, desde que había admitido ser ella, caminó hasta una puerta, que abrió con una llave que sacó de su bolso.

—Pase, señor Wronar.

Alonso cruzó el umbral tras ella. El apartamento estaba decorado con singular gusto.

Minerva lanzó a un lado el bolso. Luego, quedando frente a él, alzó ambas manos y despegó de su cara una fina película que cubría buena parte de sus facciones de un modo que no se podía advertir en absoluto. Los rasgos vulgares y bastos desaparecieron en el acto.

La peluca negra cayó al suelo. Minerva sacudió sus cabellos y le dirigió una cálida sonrisa.

—Tenía ganas de quitarme el disfraz —manifestó—. ¿Una copa?

—Coñac, para no variar —aceptó él.

Minerva se acercó a una barra provista de botellas de todas clases. Llenó dos copas y le entregó una.

—Gracias por haber acudido a la cita, señor Wronar —dijo.

Alonso tomó un sorbo de licor.

—No hubiera dejado de hacerlo por nada del mundo —contestó. Se apoyó en la barra; Minerva estaba al otro lado—: Estuve a ver a Jell Cadaro y hablé con su esposa.

—Fanny y yo fuimos amigas en tiempos —declaró Minerva—. ¿Cómo está él?

—Cuando yo le vi, parecía un leño. Al día siguiente, Fanny me llamó para decirme que se había recobrado de repente. Estaba contentísima.

—Me lo imagino. ¿Qué más?

—Veinticuatro horas más tarde, Fanny volvió a llamarme. En síntesis, me dijo que su esposo no sabía cuántas eran dos y dos.

Minerva asintió.

—Lo esperaba —dijo.

Alonso enarcó las cejas.

—¿Sabía que iba a ocurrir una cosa así? —preguntó.

Minerva abandonó su sitio y empezó a pasearse por la habitación. Claramente se veía que estaba muy nerviosa.

De pronto se detuvo y miró al joven...

—Señor Wronar, el otro día le dije algo de un peligro gravísimo para todos —habló.

—Lo recuerdo perfectamente —contestó el joven.

—El peligro subsiste. Es más, se acentúa de día en día.

—Bien, pero, ¿en qué consiste? ¿Una invasión marciana?

Minerva le dirigió una mirada de reproche.

—No haga chistes malos —dijo—. La cosa no está como para ser tomada a broma.

—No, no es broma, sobre todo, si se tiene en cuenta que usted se siente vigilada y que, debido a ello, ha debido recurrir a ciertos procedimientos dignos de espionaje para poder reunirse y hablar conmigo sin ser seguida. ¿No es verdad?

Ella asintió.

—Sí —admitió—. Me vigilan constantemente.

—¿Los esbirros de Hrodz?

La joven recibió una gran sorpresa.

—¿Quién le ha dicho ese nombre? —exclamó.

—El propio interesado.

—¿Cómo? ¿Le ha visto usted?

—Me hizo una visita y, francamente, no guardo un buen recuerdo de la misma. No sé qué me hizo; acaso me golpeó con algún arma misteriosa... pero el caso es que estuve durmiendo más de doce horas seguidas.

Minerva se estremeció.

—Hrodz pudo haberle matado fácilmente —dijo—. ¿No le pareció algo así como una descarga eléctrica?

—Ahora que usted lo dice, muy bien pudo haber sido una cosa por el estilo. Me sentí rechazado, caí con los pies por alto... y eso es todo lo que recuerdo, salvo que Hrodz tuvo la consideración de depositarme en mi lecho.

—Pudo haberle matado —insistió la joven.

—Sí, pero ¿por qué no lo hizo?

—Seguramente, y no se ofenda por ello, le consideró enemigo de poca valía.

—¡Hum! —dijo Alonso—. A veces, basta una simple chinita para que uno caiga y se rompa las narices contra el suelo.

—Pero si Hrodz ve que usted insiste, le matará. No quiero que le suceda una cosa semejante. Voy a proporcionarle un arma defensiva.

Alonso sentía que su asombro crecía a medida que Minerva le decía nuevas cosas. Ella desapareció en una estancia contigua y volvió a los pocos momentos, con algo que parecía un cinturón en las manos.

—Tome —dijo—, póngaselo. Ahora mismo, no pierda ni un segundo. Cíñaselo en torno al pecho y no se lo quite ni siquiera cuando esté en el baño.

Alonso la miró con aire perplejo. Luego examinó el cinturón.

Parecía hecho de un tejido metálico finísimo, compuesto por hilos de oro y de acero alternadamente. Tenía unos cinco milímetros de grosor, seis o siete centímetros de anchura y disponía de una serie de broches para sujetárselo en el punto adecuado, según la complexión del portador.

—Yo también lo llevo —añadió Minerva.

—Pues no se lo he visto cuando me sirvió la copa en Kint's —dijo él audazmente.

Minerva enrojeció ligeramente.

—Lo llevaba un poco más abajo del pecho, en torno a las caderas, bajo el pantalón corto.

—Ah —murmuró él. Y empezó a desabrocharse la cazadora. Su torso quedó al aire. Minerva le ayudó a colocarse el ceñidor, que quedó a la altura del corazón.

—¿Y eso es todo? —preguntó él, mientras se ponía de nuevo la camisa.

—Será invulnerable a cualquier ataque que sufra por parte de Hrodz o de alguno de sus esbirros —afirmó Minerva.

—Si usted lo dice... —contestó Alonso, no demasiado convencido de la bondad del ceñidor.

—Estoy segura de ello —contestó Minerva—. Y ahora...

De pronto se interrumpió, a la vez que su vista quedaba fija en un punto situado a espaldas del joven.

Alonso se volvió alarmado. Minerva corrió, se arrodilló al lado de la pared y rascó en ella con las uñas, sin importarle echárselas a perder.

—¿Qué pasa? —preguntó Alonso.

Minerva se volvió hacia él, con un objeto en la mano. Apenas era mayor que un garbanzo y pendían de él dos cables finísimos, tanto, que casi resultaban invisibles.

—Han estado escuchándonos —dijo, con el rostro invadido por una gran palidez.

—¿Eso... es un micrófono?

Minerva asintió.

—Sí —confirmó. De pronto, declaró—: Hemos perdido la partida. No quiero seguir adelante. ¡Adiós, señor Wronar!

El micrófono rodó por el suelo. Minerva corrió hacia una de las ventanas, la abrió y se lanzó al vacío.

Alonso se quedó petrificado.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Se ha tirado a la calle!

Durante unos momentos, permaneció aterrado, sin saber qué hacer. Luego corrió hacia la ventana y se asomó.

Abajo, a veinticuatro pisos de distancia, divisó un bulto tendido sobre la acera, rodeado por algunos curiosos. Alonso se retiró, sintiendo que su

estómago bailaba una danza frenética en el interior de su cuerpo.

Corrió a la barra y se tomó un largo trago de coñac. Parecía imposible que una chica tan hermosa como Minerva Kess hubiera dejado de existir.

—Pero ¿cómo es posible que haya perdido el ánimo tan súbitamente? —exclamó, casi en alta voz.

Una mujer tan resuelta, tan decidida de carácter tan firme... No acababa de creerlo, pero él mismo había visto su cuerpo cruzado sobre el pavimento. La realidad resultaba incontrovertible.

Agachándose, recogió el micrófono. Tras unos segundos de reflexión, lo lanzó al suelo y lo aplastó con el tacón de su zapato.

—Así me gustaría hacer con ese condenado Hrodz —dijo.

Y luego se dispuso a salir de la casa. Debía abandonarla con la mayor discreción, a fin de que no le relacionasen con el desdichado suceso.

\* \* \*

Alonso y su amigo Gus Sand se detuvieron a pocos metros de la tapia que circundaba la casa donde vivía Hrodz.

—El cable de la alarma pasa justo por el borde de la tapia —indicó Alonso.

—No te preocupes —contestó Sand—. Esto es cosa hecha.

Se acercó a la tapia y tanteó suavemente con los dedos. No tardó en hallar el cable.

Entonces sacó de su bolsillo una caja larga, oblonga, algo mayor que un paquete de cigarrillos. Desplegó dos cables de unos diez centímetros de longitud, provistos de sendas pinzas en los extremos y conectó los bordes terminales a unos agujeros especialmente dispuestos en la caja.

Luego ajustó las pinzas al cable de la alarma, procurando hacerlo con la mayor suavidad. Al terminar, dijo:

—Listo.

—¿Seguro que no funcionará?

Sand sonrió.

—Tengo un cerebro privilegiado para estas cosas —respondió—. La corriente continúa circulando, pero tu peso no influenciará el sistema de alarma. Podrían notar la presencia de un intruso, por el súbito cese de la corriente; es posible que tengan un amperímetro funcionando, pero de este modo no advertirán nada.

—Eres un as —dijo Alonso, admirado.

—No, solo un tipo corriente... entre los de mi especialidad, claro —contestó Sand con una brillante sonrisa.

—En cambio, yo, de la electricidad, solo sé que se da a un interruptor y que se enciende una lámpara —respondió el joven—. Bueno, voy a iniciar la invasión.

—Supongo que no me dejarás en tierra —dijo Sand.

Alonso le miró.

—Gus, tú no estás protegido. El asunto es más serio de lo que crees —dijo.

—¿Qué? ¿Vas a dejarme aquí, sin saciar mi curiosidad? ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

—Insisto en que me aguardes aquí —declaró Alonso firmemente—. Repito que es muy peligroso; incluso podrías morir por no contar con la debida protección.

—¿Qué protección? —preguntó Sand, atónito.

—Ya hablaremos luego —dijo el joven. Dio un salto y se agarró al borde de la tapia.

Sand aguardó pacientemente la vuelta de su amigo. Alonso regresó media hora después.

Se dejó caer al pie de la tapia y le miró con expresión desconcertada.

—¡La casa está completamente vacía! —exclamó dramáticamente.

## Capítulo VI

Alonso apuró su tercera taza de café en la noche, Gus Sand le contemplaba con expresión atenta.

—Nada —dijo Alonso—. Absolutamente nada, Gus. Como si estuviese recién construida, en espera de ser habitada. Totalmente limpia.

—Pues, ¿qué esperabas encontrar allí?

—A un tipo llamado Hrodz.

Sand respingó.

—¡Hrodz! —repitió.

—¿Cómo? ¿Le conoces? —exclamó Alonso, vivamente sorprendido.

—Personalmente, no; pero he oído hablar mucho de él... Mejor dicho, había oído hablar de él hace años. Hrodz y Patswow.

—¿Quién es Patswow? —preguntó Alonso.

—Si fuese una empresa comercial, te diría que su socio. Realmente, su colaborador... o su director, tanto da. Patswow es descendiente de rusos establecidos en el país desde hace unos cien años.

—¿Y Hrodz?

—Supongo que centroeuropeo. Emigrado, tal vez; nunca me preocupé de esa parte de la cuestión.

—Pero, bueno, ¿a qué se dedican?

—Psicoelectrónica.

Alonso pegó un bote en la silla.

—Psicoelec... ¿qué diablos es eso, Gus?

Estaban en un café. El camarero les contempló con aprensión.

—No levantes tanto la voz —gruñó Sand—. Constrúan aparatos

electrónicos que servían para las investigaciones relacionadas con la mente. Algunos de sus descubrimientos resultaron verdaderamente sensacionales.

— ¿Por ejemplo?

—En Inglaterra no se ha permitido su uso en los tribunales, pero esa pareja descubrió lo que podríamos llamar un superdetector de mentiras. El porcentaje de fallos... bueno, no había tal porcentaje, porque, sencillamente, no había fallos.

— ¡Demonios! —gruñó Alonso—. Ese cacharrito podría sacarle a un hombre todo lo que guarda en la sesera.

—Conociendo de antemano el tema sobre el que se le va a interrogar, desde luego —admitió Sand.

Alonso se pellizcó el labio inferior, con gesto preocupado.

—Y ahora han desaparecido de la casa —murmuró—. Eso corrobora las suposiciones de Minerva Kess.

Sand asintió. Su amigo le había contado todo lo referente a la joven de los cabellos color de bronce.

—Algo gordo están tramando —dijo Sand pensativamente—. Son dos genios en su especialidad, desde luego, pero... vete a saber dónde están ahora.

—Ya lo averiguaremos —contestó Alonso.

Pero no tenía mucha confianza en sí mismo. ¿Dónde podían estar aquellos dos científicos cuyos trabajos, según Minerva, podían causar graves trastornos?

—Me siento cansado —dijo de pronto.

—Yo también —contestó su amigo.

Alonso pagó la consumición y salieron a la calle. Cada uno tomó su coche y ambos partieron con rumbos distintos.

Alonso llegó poco después a su casa. Abrió la puerta y se quitó la chaquetilla corta que usaba ordinariamente.

De pronto, creyó oír un tenue zumbido a corta distancia. La atmósfera se agitó, como si fuese una masa líquida.

El joven se volvió. Algo se arrojó sobre él con relampagueante velocidad.

El fantasma resplandeciente le golpeó con tremenda fuerza. Alonso salió despedido contra un diván, sobre el que quedó aturdido, aunque sin perder el conocimiento por completo.

En torno a su pecho sentía un ligero calorcillo, como si el cinturón hubiese aumentado de temperatura. Centró su mirada y vio la forma luminosa a pocos pasos de distancia.

Era transparente. Permitía ver los objetos a su través, aunque un tanto difuminados.

Alonso creyó hallarse ante un animal feroz, contemplando la presa antes de atacar. Fue a ponerse en pie, pero, en aquel momento, la forma luminosa se le abalanzó nuevamente.

Por segunda vez sintió aquel choque devastador. No obstante, pudo ver en torno suyo numerosas chispitas que saltaban por todas partes, como diminutos

relámpagos multicolores, que producían ligeros chasquidos.

El fantasma retrocedió. Oscilaba fuertemente. De pronto, retrocedió a la carrera, atravesó la puerta y desapareció de la vista del joven.

Alonso permaneció todavía unos momentos en el diván. Las piernas le temblaban.

Pasó un largo rato antes de que se atreviera a ponerse en pie. Entonces se desabrochó la camisa.

Los bordes de la piel que rozaban los del ceñidor, estaban ligeramente coloreados. Alonso dedujo que bajo el cinturón, la piel debía de tener un tono fuertemente rosado.

Pero no se atrevió a quitarse el artefacto.

— ¡Me ha salvado la vida! —dijo.

Y luego se acordó de Minerva.

— ¡Pobre muchacha! ¡Cómo pudo desfallecer hasta tal extremo!

De veras, lamentaba su muerte.

\* \* \*

Entró en el estudio de Helen. Había un visitante.

—Te presento a Arven Brough —dijo la joven—. Es uno de los mayores comerciantes en arte de los Estados Unidos. Señor Brough, mi prometido, Alonso Wronar.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Brough era un hombre de unos sesenta años, de ademanes mesurados y aspecto apacible y tranquilo.

—Su prometida es una gran artista, señor Wronar —dijo Brough—. Estoy haciéndole proposiciones para «exportarla» a mi país.

—Veo que tu fama se ha extendido rápidamente —observó Alonso.

Helen hizo un gracioso mohín. Dio dos pinceladas al cuadro y se volvió hacia el joven.

—Alessio le recomendó al señor Brough que viniese a visitarme. Por supuesto, no iré a Estados Unidos antes de cumplir el compromiso contraído con Alessio.

—Estarán esperándola con impaciencia —aseguró Brough.

—Me da miedo —dijo Alonso.

—¿Miedo? —exclamaron Helen y Brough a dúo.

—Sí. Miedo de convertirme en el esposo de una mujer famosa. Debe de resultar terrible.

Helen soltó una alegre carcajada.

—Cariño, yo siempre seré la misma para ti —contestó—. Además, tú eres escritor.

—Con tanta fama como el leñador que corta el árbol, del que se obtiene la pulpa que sirve para fabricar la pasta, de la que sale el papel que yo utilizo para escribir —dijo Alonso con amargo sarcasmo.

—Mi fama se te puede «pegar» a ti —dijo Helen—. Escribirás un libro «Cómo vivo con Helen», y te harás famoso de la noche a la mañana.

—No tengo ganas de que nadie se entere de mis interioridades domésticas —refunfuñó el joven.

—Querido, ¿por qué no preparas el té? —sugirió ella, para cortar una conversación que se tornaba incómoda.

—No tengo ganas de té —contestó Alonso.

—Al señor Brough le agradecerá una taza —dijo Helen.

— ¡Pues que se la prepare él!

Alonso estalló sin conocer exactamente las causas. De pronto, dio media vuelta y salió, pegando un portazo que hizo retemblar las paredes de su estudio.

Helen soltó una risita de circunstancias.

—Dispénsele, señor Brough. Mi prometido anda estos días un tanto nervioso. Está preparando un libro y... bueno, esas cosas cargan un poco la mente, usted me comprende, ¿no?

Brough sonrió calmamente.

—No tiene importancia —contestó—. Cosas de juventud. Señorita Trubetz, le garantizo que pronto su fama oscurecerá la de los mejores pintores del mundo. Incluido Alay, que ya es decir.

—Es usted muy gentil —agradeció ella con una inclinación de cabeza.

—Por cierto, Alay ha estado gravemente enfermo días atrás. Hay noticias de que se ha repuesto, aunque no totalmente.

—Sí, eso he oído decir —contestó Helen con indiferencia.

Brough suspiró.

—En el mundo del arte, suele ocurrir. Unos suben, otros bajan... Usted está ahora en su periodo ascensional, en los primeros peldaños de una escalera que, le aseguro, no conocerá límites.

—Es usted muy generoso con mi pobre pintura —dijo ella.

—Digo la realidad, simplemente —afirmó Brough de modo tajante.

\* \* \*

Transcurrieron algunos días.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad. A veces, Alonso se preguntaba si lo que le había ocurrido no era sino producto de un sueño.

Pero el cinturón protector, que no se quitaba ni en el baño, tal como le recomendara Minerva, se encargaba de recomendarle que lo sucedido había sido absolutamente real.

Una semana después, recibió una llamada.

Era su amigo Sand.

—Alonso, ¿puedes venir a verme? Por favor, es urgente.

El joven examinó la cara de Sand. Parecía sumamente preocupado.

—De acuerdo —contestó lacónicamente.

Media hora después, estrechaba la mano de Sand.

— ¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Estoy preocupado, Alonso. ¿Quieres tomar algo?



—Un poco de escocés, sin agua —aceptó Alonso—. Sí, se te nota preocupado. ¿Por qué, Gus?

Sand preparó dos vasos altos. Entregó uno al joven y le miró fijamente.

—¿Has oído hablar de Ned Salmson? —preguntó.

—Sí, desde luego. El famoso filósofo.

—En efecto —Sand bebió un largo trago—. Wilma, su hija, y yo, pensamos casarnos.

—Te felicito, Gus. No lo sabía.

Sand se sentó en un sillón y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Ayer me llamó Wilma —dijo—. Su padre ha caído en un estado de coma, del que no le consiguen sacar los especialistas más reputados.

Alonso no se extrañó demasiado de semejante declaración. Esperaba algo parecido desde que recibió la llamada.

—¿Ha sufrido algún accidente?

—No... en realidad, no se le puede llamar accidente. Wilma me ha dicho que su padre estaba trabajando en su gabinete cuando, de pronto, le oyó gritar. Alarmada, corrió al cuarto, abrió y se lo encontró tendido en el suelo.

Alonso movió la cabeza afirmativamente.

—Lo mismo le pasó a Jell Cadaro —dijo.

—¿Quién es Cadaro? —exclamó Sand.

—Uno de tu misma cuerda, aunque empezó algo más tarde que tú.

—¿Electrónica?

—Sí —Alonso tomó un sorbo de whisky—. Ya está bien de salud, salvo que no sabe sumar dos y dos.

—¡Demonios!

El joven sonrió.

—Gus, dile a tu novia que no se preocupe... demasiado. Dentro de un par de semanas, el profesor Salmson se sentirá repentinamente bien. Lo único que ocurrirá es que... bien, muy probablemente volverá a una total normalidad, excepto que no recordará nada de la especialidad a que se dedicaba.

Los ojos de Sand se desorbitaron.

—¡Rayos! ¡Alonso, me dejas pasmado! —exclamó.

—Lo mismo le sucedió a Cadaro. ¿Recuerdas a Ramón Alay?

—¿El famoso pintor español?

—El mismo, Gus. Pues bien, estuvo dos semanas en coma. Al cabo de ese tiempo, se despertó súbitamente, recobrando su estado anterior. Como si no le hubiera pasado nada... excepto en una cosa.

—¿Cuál, Alonso?

—No sabe trazar un círculo con la ayuda de un vaso.

—¡Cielos!

—Alay ha olvidado por completo todo lo que se refiere a su arte. Por lo demás, está tan sano como tú y como yo.

—Alonso, me siento terriblemente confuso —declaró Sand.

—No puedo hacer más —dijo el joven—. Gus, tranquiliza a Wilma... si

quieres, no le anticipes lo que sucederá cuando su padre vuelva a la normalidad. Dile... que has consultado con un especialista amigo tuyo y... ¿Entiendes?

— ¿Debo permitir que ella se entere cuando su padre despierte? — preguntó Sand.

Alonso lanzó un profundo suspiro.

—Desdichadamente, es todo lo que se puede hacer por ahora —manifestó —. Una pregunta, Gus.

—Dime, Alonso.

—Imagínate que... alguien, instala en mi domicilio un minúsculo micrófono que, al mismo tiempo, es transmisor de radio. Naturalmente, esa instalación es de tipo espía, lo que significa que el dueño de la casa desconoce su existencia. ¿Podrías tú detectar la presencia de ese aparato?

—Por supuesto —contestó Sand rotundamente.

Alonso se puso en pie.

—Te llamaré cuando debamos hacer esa inspección —dijo.

—Descuida. Si no estuviese en casa, llámame a casa de Wilma. Toma su clave visofónica.

Alonso anotó el número de Wilma Salmson en su agenda y luego se dirigió hacia la puerta.

— ¿Adónde vas?

—Vuelvo a casa. Quiero hacer una prueba —contestó el joven evasivamente.

## Capítulo VII

Alonso quería tender una trampa a Hrodz. Iba a fingir que hablaba con alguien por medio del visófono y decirle que ya había descubierto por fin el misterio de los hombres que perdían los conocimientos adquiridos que les habían dado fama en su especialidad.

Ciertamente, Alonso estaba seguro de que Hrodz y su colega Patswow, tenían algo que ver con el asunto. Iba a hacer como los policías cuando interrogan a un sospechoso: «Lo sé todo, no lo niegues, has sido tú».

Le parecía que era un buen medio para llegar al fondo de la cuestión. Pero no tuvo tiempo de ensayar el procedimiento.

Cuando abrió la puerta de su departamento, sonaba el zumbador de llamada del visófono. Corrió hacia la mesita y dio el contacto.

Alonso se sorprendió muchísimo al ver la cara de Fanny Cadaro.

— ¡Señora Cadaro! —exclamó.

Fanny parecía bastante apurada.

— ¡Señor Wronar! ¡Le he llamado varias veces, pero no contestaba nadie...! —dijo con voz llena de ansiedad.

—Lo siento mucho, señora —respondió el joven—. He estado ausente, realizando determinadas gestiones. ¿Ocurre algo de particular?

—Sí, señor Wronar. Por favor, ¿querría usted venir a mi casa? ¡Es urgente!

Alonso contestó con un signo afirmativo.

—Por supuesto, señora —respondió—. Iré ahora mismo.

—Gracias, señor Wronar. Se lo agradezco muchísimo.

La imagen de Fanny se borró de la pantalla. Alonso se preguntó qué podría suceder ahora.

—Solo lo sabré, cuando esté en su casa —dijo.

Y se encaminó hacia la puerta.

Abrió. Dos hombres le cerraron el paso.

—Vuelva adentro —le ordenó uno de ellos, a la vez que le empujaba con la mano en el pecho.

Alonso respingó. El aspecto de aquellos dos sujetos no le agradaba en absoluto.

Eran hombres de recia complexión, pero como ellos, había infinidad de sujetos, que no despertarían sospechas en ninguna parte. Sin embargo, había algo en sus miradas que delataba inmediatamente su «profesión».

«Matones a sueldo», pensó.

La puerta se cerró. Uno de los hombres sacó una pistola.

—Le aseguro que no queremos hacerle daño —dijo.

—Solo nos vamos a llevar una cosa que tiene usted... puesta sobre su cuerpo —añadió el otro.

Alonso sintió que la frente se le cubría de un sudor frío.

—No —intentó protestar, pero uno de los rufianes le agarró por las solapas de la chaquetilla.

—Le aseguro que no es cosa personal —dijo. Y desgarró la prenda de un fuerte tirón.

El otro se situó a su derecha, encañonándole con la pistola. Alonso oyó el crujir de su camisa.

Su torso quedó al aire. El sujeto, con una sonrisa de satisfacción en los labios, se dispuso a desabrocharle el ceñidor.

En aquel instante, Alonso se sintió acometido por un impulso incontenible. Con desesperación, pensó en la segunda visita de aquella forma luminosa y los terribles efectos que podía causar en él.

Lanzando un estruendoso alarido, saltó hacia adelante inesperadamente. Su frente golpeó el mentón del pistolero, que cayó de espaldas, perneando de un modo aparatoso.

El otro intentó golpearle con el cañón de la pistola. Alonso se dejó caer de espaldas al suelo.

Fallado su golpe, el matón vaciló aparatosamente. Antes de que se repusiera, Alonso elevó las piernas y le golpeó con todas sus fuerzas en la muñeca armada.

La pistola voló por los aires. Su dueño lanzó un rugido de rabia.

Alonso y el pistolero se abalanzaron sobre el arma, caída en el suelo. El otro matón yacía semiinconsciente, incapaz de reaccionar por el momento.

Alonso se dio cuenta de que su rival llegaría antes. No se esforzó por ganarle.

Incluso le dejó agacharse y asir la pistola. Entonces, levantando el pie, le arreó un fenomenal golpe en el costado, debajo de la axila derecha, que lo arrojó proyectado contra la pared opuesta.

El arma quedó sin dueño un instante. Enseguida pasó a poder de Alonso.

Inspiró profundamente. Todavía no podía creer en su buena suerte. Solo su gesto desesperado le había salvado de un horrible destino, se dijo.

Su acción había pillado completamente por sorpresa a los dos matones. Era el secreto de su éxito.

Esperó a que se hubiesen recobrado. Entonces, blandiendo el arma, les indicó la puerta.

—Salgan —ordenó—. Y díganle a Hrodz que sus procedimientos matonescos me asombran profundamente, pero que no por ello desistiré de mis propósitos.

Los pistoleros, cabizbajos y avergonzados, se dirigieron hacia la puerta.

Alonso agregó:

—Díganle, además, una cosa: He tomado este asunto como personal. No puedo consentir que la muerte de Minerva Kess quede sin castigo. ¡Largo!

Momentos después, Alonso se calmaba con un buen trago de whisky. Era la primera vez que se veía envuelto en una pelea semejante y todavía no acababa de salir de su asombro.

Al cabo de unos minutos, se hallaba en su automóvil. Comprobó que no le seguía nadie y se encaminó velozmente al domicilio de los Cadaro.

Fanny le abrió la puerta.

—Señor Wronar, no sabe cuánto le agradezco que haya venido —manifestó.

—Estoy a su disposición por completo, señora —respondió el joven—. ¿Cómo se encuentra su esposo?

—Bien. Ahora está viendo la televisión... Será mejor que no le molestemos —indicó.

—Como usted quiera, señora Cadaro.

Fanny le indicó una silla. Luego se sentó frente a él.

—Tengo que decirle algo que creo que podrá resultarle interesante, señor Wronar —manifestó—. Usted conocía la profesión de mi esposo.

—Sí, ingeniero proyectista, creo.

—En efecto. Estaba colocado en una buena empresa, pero, en sus horas libres se dedicaba a perfeccionar los diseños de un invento suyo. No era cosa de gran importancia, aunque, a la larga, sí podía dar resultado. Se trataba de un aparato que...

—Por favor —rogó Alonso—. Señora, para esas cosas, soy un zoque. Ahorre detalles, se lo ruego.

Fanny sonrió.

—Muy comprensible —respondió—. Bien, he de decirle que yo le ayudaba en algunas ocasiones, cálculos, sobre todo, y en recoger en libretas las notas que él me dictaba. Por tanto, es fácil suponer que yo estaba bastante enterada del resultado de sus trabajos.

—Lógicamente —admitió Alonso.

—Pues bien, voy a enseñarle una cosa...

Fanny se levantó. De una mesita cercana, tomó una revista científica, que abrió por determinada página, pasándosela a continuación al joven.

—Vea —dijo—. Este trabajo está firmado por un tal Henry Craig, ingeniero proyectista como mi esposo. Todos los datos y exposiciones del invento son exactamente iguales a lo que proyectaba Jell.

Alonso lanzó una ojeada a la revista.

—Bueno —dijo con acento un tanto ambiguo—, a veces, dos científicos coinciden en un mismo descubrimiento...

— ¿Exponiéndolo incluso con las mismas palabras, con la misma redacción, con la misma sintaxis?

Fanny se levantó de nuevo y trajo un rollo de papeles, que desplegó para que los viera su visitante.

—Compare —dijo—. Este es el diseño de mi esposo. Está reproducido, a escala inferior, pero con absoluta fidelidad, en el artículo publicado por Henry Craig.

Alonso frunció el ceño. La cosa parecía muy rara, se dijo.

— ¿Cómo ha llegado esta revista a sus manos? —preguntó.

—Jell es suscriptor. Se me ocurrió hojearla, siempre le echo un vistazo cuando llega... y vi el artículo de Craig. Por eso le llamé a usted.

—Puede ocurrir que su esposo haya comentado con Craig sus trabajos —sugirió el joven—. A veces, los científicos, entre sí...

—Señor Wronar —dijo Fanny solemnemente—, puedo asegurarle de modo rotundo que Jell, jamás, jamás, no solo no ha conocido a Henry Craig, sino que ni siquiera había oído su nombre.

—Quizás ahora no lo recuerda, después de la... crisis que sufrió.

Fanny movió la cabeza.

—Nunca había oído hablar de él —insistió.

Alonso reflexionó unos momentos.

—Entonces, a menos de que se trate de una extraordinaria coincidencia...

—Señor Wronar, usted puede ayudarnos mucho —dijo Fanny—. Está ocurriendo algo grave, algo sumamente peligroso, quizá de momento no para toda la humanidad, aunque sí para algunas personas. Más adelante, sin embargo, si esto no se ataja, la cosa puede alcanzar extremos realmente espeluznantes. ¡Ayúdenos, se lo ruego!

Alonso meneó tristemente la cabeza.

—Haré todo lo que pueda —contestó—. No obstante, dudo mucho de que pueda conseguir gran cosa. La única persona que podía ayudarme de veras, ha muerto...

Fanny sonrió de extraña manera.

—Creo que se equivoca, señor Wronar —dijo.

Se puso en pie, abrió una puerta y se echó a un lado.

—Entra, Minerva —invitó.

Alonso se puso en pie lentamente. Minerva estaba allí, frente a él, con una hechicera sonrisa pintada en sus labios, los ojos más resplandecientes que nunca...

Casi se ahogaba.

—Mi... Minerva... —balbució.

La joven avanzó hacia él y le tomó ambas manos.

—Querido amigo —dijo—. ¿Verdad que sabrá dispensarme esta pequeña argucia a que hube de recurrir para evitar ser perseguida?

—Estoy soñando —dijo Alonso.

Minerva le oprimió suavemente las manos.

—No... no sueña, estoy viva y bien viva.

Alonso la contempló con expresión maravillada.

Era una mujer hermosísima. El sencillo traje que vestía, sin mangas, cerrado completamente de cuello y con la falda a quince centímetros de las rodillas, realizaba de modo singular la espléndida escultura de su cuerpo sin tacha.

—Pero... ¿cómo? —dijo, sin recobrarse todavía de la enorme sorpresa recibida.

—Un truco —contestó ella— En realidad, ya esperaba algo parecido.

Simplemente, quise dar a Hrodz la sensación de que me sentía desesperada e incapaz de continuar la lucha.

— ¡Pero había veinticuatro pisos!

—Yo me quedé en el inmediatamente inferior. Tenía una cuerda preparada, me deslicé por ella, entré en el piso y lancé a la calle el maniquí. Hrodz oiría mis gritos y dedujo lo sucedido. Lo que no sé es cómo usted no me vio bajar por la cuerda.

Alonso se pasó una mano por la cara.

—Me quedé tan atontado, que durante unos minutos estuve sin saber qué hacer —respondió—. No me atrevía a asomarme a la ventana.

Minerva se echó a reír.

—Espero que sepa perdonarme el susto que le di —manifestó—. Fanny es una buena amiga mía. Yo quiero ayudarla. ¿Nos ayudará usted?

— ¡Claro! Y ahora más que nunca. ¿Sabe que he sido objeto de dos ataques?

Minerva se puso seria.

—Cuénteme —pidió.

—Su ceñidor me salvó la vida. Una forma luminosa me atacó por dos veces, pero el ceñidor la rechazó. Luego escapó a la carrera, a través de la puerta.

—Indudablemente, Hrodz quería deshacerse de usted.

—Ya no me considera la chinita sin importancia —sonrió Alonso—. Hace unos momentos tan solo, en vista de que le falló el primer procedimiento, recurrió a otro medio más vulgar, pero que pudo haber dado buenos resultados. Envío a dos matones para que me arrebatasen el ceñidor.

— ¿Y lo consiguieron?

Alonso se tocó el pecho.

—La desesperación me impulsó —reconoció—. Lo crea o no, conseguí derrotarles.

Minerva frunció el ceño.

—La situación se agudiza —manifestó.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que Hrodz y Patswow han desaparecido.

— ¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Minerva.

—Fui a su casa con un amigo...

Alonso relató la expedición realizada en compañía de Gus Sand. También mencionó la enfermedad del profesor Salmson.

Desanimadamente, Minerva, después de oír aquellas noticias, dijo:

—Entonces, no podremos encontrarles.

—Yo creo que hay un medio de dar con su paradero —afirmó el joven.

— ¿Cuál? —preguntó Minerva.

Alonso blandió la revista científica.

—Henry Craig nos lo dirá —exclamó rotundamente.

## Capítulo VIII

El automóvil rodaba a moderada velocidad.

Alonso conducía. Minerva estaba sentada a su lado.

El joven se sentía extrañamente contento de viajar en compañía de Minerva. Notaba una satisfacción como no la había percibido incluso cuando estaba junto a Helen.

Durante el camino, Alonso explicó a Minerva todo lo que le había ocurrido los días precedentes. Ella dijo que había juzgado oportuno permanecer algún tiempo escondida, con objeto de que Hrodz perdiese su rastro.

—Los periódicos, naturalmente, no publicaron la noticia de mi falso suicidio. Hrodz pudo leernos o no, pero convenía continuar con la ficción.

—Entiendo —dijo Alonso—. Pero lo que no me explico es adónde han podido ir. ¿Tiene usted alguna idea al respecto?

Minerva suspiró, mientras reclinaba la cabeza en el respaldo del asiento.

—No, no sé dónde pueden estar —respondió.



—Usted parece conocerles mucho —observó Alonso.

—Tengo motivos —contestó ella parcamente.

Alonso no quiso insistir. Tal vez había algunos pasajes en la vida de Minerva que ella no quería hacer públicos.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo, pasados unos instantes.

—Sí, claro.

—¿De dónde sacó ese ceñidor que usted me dio? ¿Lo construyó usted?

—No. Ellos. Yo les robé dos. El ceñidor es... como una especie de antídoto.

—Antídoto, ¿contra qué?

Ella volvió la cabeza un poco para mirarle.

—Después de lo que ha pasado estos días, después de lo que le dije yo la primera vez que nos conocimos, ¿no se imagina, usted qué es lo que evita el uso del ceñidor?

Las manos de Alonso se crisparon sobre el volante.

—Usted dijo entonces «robador de almas» —contestó.

—Exactamente.

—Esos dos tipos, ¿le roban el alma a uno?

—La palabra alma, en este caso, es una metáfora. En realidad, el alma pertenece a su dueño siempre, aunque se encuentre en un estado como el que padece ahora el filósofo Salmson.

—Es lógico. El alma es algo personal, de uno solo, desde que nace hasta que muere. ¿Y bien?

—Podría hablarse mejor, en este caso, de inteligencia —manifestó la joven—. Pero solo de determinados estadios de la inteligencia.

—Voy comprendiendo. Y ellos la roban.

—Justamente —admitió Minerva.

—Pero ¿para qué quieren ellos las inteligencias de tantas personas? —exclamó Alonso—. ¿Acaso quieren acumularlas en sí mismos y convertirse en unos superhombres?

—No, no las quieren para sí. Alonso, ¿qué hacen los traficantes de... de frutas, por ejemplo?

—Bien, me imagino que establecen un trato con el campesino, le compran la cosecha y luego la llevan a los mercados para venderla. O bien, a las fábricas de conservas...

—Pero siempre hay un comprador, ¿no es cierto?

—Sí, claro; de lo contrario, ¿de qué serviría el esfuerzo de esos traficantes?

—Bueno —dijo Minerva—, creo que con lo que hemos hablado tiene bastante. Ya no es necesario que le explique más cosas.

Hubo una pausa de silencio.

Alonso creía comprender la verdad. Un sudor frío inundó su frente.

—Eso... significa... que hay personas que compran el saber de... de otros...

—Justamente.

—Es... increíble —murmuró el joven, atónito—. Jamás llegué a soñar una

cosa semejante.

—Y, sin embargo, es la pura realidad, una triste y abrumadora realidad — confirmó la joven.

De nuevo se produjo un intervalo de silencio.

—Tenemos que atajarles —dijo Alonso de pronto, con acento lleno de vehemencia—. Hemos de impedir que sigan adelante.

—Estamos tratando de hacerlo —respondió Minerva llanamente.

—Una pregunta —dijo él de pronto—. ¿Por qué me buscó a mí precisamente para ayudarme?

Minerva sonrió imperceptiblemente.

—Permítame que no le responda —declaró—. Usted mismo, tal vez hoy encuentre la respuesta a su pregunta.

—No entiendo...

Minerva le interrumpió bruscamente.

—Creo que estamos llegando ya —dijo.

Alonso arrimó el auto a la acera.

—¿Subimos los dos? —preguntó.

—Por supuesto.

Minerva saltó ágilmente al suelo. Alonso admiró en silencio su aventajada estatura y la esbeltez de sus formas de diosa. El nombre, se dijo, correspondía plenamente con su figura.

Entraron en el edificio. La dirección de Craig figuraba en el consultor visofónico y ello les había permitido llegar a su domicilio sin necesidad de más indagaciones.

Alonso llevaba bajo el brazo la revista científica y el rollo de papeles que contenían los proyectos de Cadaro. Interiormente, se sentía muy excitado.

Un hombre abrió la puerta después de unos segundos. Era de mediana estatura, cabellos claros y ralos y bastante miope, lo que quedaba demostrado por las gafas de gruesos cristales que cabalgaban sobre una nariz más bien ganchuda.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Henry Craig? —preguntó Alonso.

—Yo mismo —contestó el sujeto—. ¿Qué desean?

—Permítame presentarnos, señor Craig —dijo Alonso—. La señorita Minerva Kess. Yo soy Alonso Wronar.

—Tanto gusto —contestó Craig fríamente. Se mantenía bajo el dintel, sin hacer la menor mención de invitarles a pasar.

—Queremos hablar con usted —dijo Minerva.

—Ahora estoy ocupado —contestó Craig recelosamente.

—Tenemos que hablar con usted —recalcó Alonso.

Craig parecía un tanto amedrentado. El acento resuelto del joven pareció intimidarle un tanto.

—Está bien, pasen —accedió al cabo.

Minerva cruzó el umbral, seguida por el joven. Craig les indicó un diván.

—Ustedes dirán —murmuró.

Alonso desplegó la revista.

—¿Conoce esto? —preguntó.

—Por supuesto. Lo he escrito yo —reconoció el ingeniero.

Alonso desenrolló los proyectos de Cadaro.

—Son unos diseños exactamente iguales a los que usted envió a la revista —dijo.

—Sí, eso parece —admitió Craig un tanto ambiguamente.

—Parece, no; son exactamente iguales. Son diseños trazados por el ingeniero Jell Cadaro.

—Me los habrá copiado —declaró Craig en tono hostil.

—¿Conoce usted a Cadaro? —preguntó Minerva.

Craig vaciló.

—Somos bastante amigos...

—¡Miente!

La palabra sonó como un trallazo. Craig se puso en pie, simulando indignación.

—Caballero, no le permito...

—¡Siéntese! —ordenó Alonso perentoriamente—. No trate de disimular ni de engañarnos. Usted ha copiado, letra a letra, número a número y línea a línea, de una manera total y absoluta, el proyecto del ingeniero Cadaro. Y Cadaro no es su amigo ni usted ni él se han visto jamás.

Craig parecía anonadado.

—Sabemos el procedimiento que empleó para copiar ese proyecto —continuó el joven—. ¿Quién le facilitó... los medios para conseguirlo?

—¡No se lo diré! —protestó Craig con singular vehemencia.

Minerva paseó la mirada a su alrededor.

—Este tipo vive bastante bien —murmuró.

Alonso reparó en que el departamento estaba amueblado con lujo inusitado.

—Mi mujer poseía una gran fortuna —murmuró Craig—. Pero eso no les importa a ustedes.

—En cierto modo, sí —declaró Alonso—. Dígame, ¿dónde viven dos individuos llamados Hrodz y Patswow?

Craig acusó el golpe. Palideció, pero sus labios se fruncieron en un gesto de obstinación.

—No sé quiénes son —respondió—. Nunca oí hablar de ellos...

—Está mintiendo, como mintió cuando dijo que era amigo de Cadaro —le interrumpió Alonso.

—Craig, usted «compró» la inteligencia de Cadaro —acusó Minerva.

El ingeniero pareció derrumbarse.

—Sí, es cierto —declaró con voz sorda.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Craig dijo:

—Nunca fui gran cosa como ingeniero proyectista. Tengo el título, en

efecto, pero soy poco más que un delineante. Yo quería hacer algo, aunque no fuese mucho... no deseaba inventar algo sensacional, sino una cosa sencilla, algo que demostrase a los demás que también servía para algo más que para manejar la regla y el tiralíneas...

Alonso y Minerva se miraron mutuamente.

Era fácil de comprender lo que pasaba en el ánimo de Craig.

Una persona de mediocre inteligencia, acomplejada por un sentimentalismo de frustración, basado en el reconocimiento de su propia impotencia intelectual. Así pedía definirse a Craig.

—¿Cuánto le costó? —preguntó Alonso.

—Cincuenta mil neolibras.

Alonso lanzó un silbido.

—Un buen pico, evidentemente. Pero Hrodz y Patswow se pondrían en contacto con usted de una manera determinada.

—Sí... Esperen un momento —dijo Craig—. Tengo su dirección en mi despacho.

El ingeniero se puso en pie. Atravesó el salón y entró en la estancia contigua.

—Creo que hemos dado un gran paso —dijo Alonso.

Minerva asintió.

Súbitamente, se oyó un terrible alarido.

Los dos jóvenes se pusieron en pie a un tiempo. Alonso dio un paso adelante, pero se detuvo, espeluznado por lo que estaba viendo.

Craig se retorció como poseído por algún espíritu maligno. Todo su cuerpo estaba envuelto en un resplandor azulado, de muy poca intensidad, sin embargo. Su rostro estaba horriblemente deformado.

De repente, se produjo un seco estallido. Los cristales vibraron amenazadoramente.

Craig se derrumbó como una masa inerte. El resplandor desapareció.

Alonso corrió hacia el hombre y se arrodilló a su lado. La cara del ingeniero estaba completamente amoratada y lo mismo sucedía con las partes de su epidermis que quedaban al descubierto.

—Está muerto —dijo dramáticamente.

—Sí —dijo Minerva—. Y... ¿se figura quiénes lo han matado?

Alonso movió la cabeza lentamente. Era fácil adivinar la identidad de los autores de aquella horrible muerte, aunque, por el momento, desconociesen el procedimiento empleado.

## Capítulo IX

Regresaron en silencio.

Se sentían abrumados por el suceso. Ahora, más que nunca, Alonso comprendía que se enfrentaban con unos enemigos realmente peligrosos.

—Despiadados, crueles e implacables —calificó.

—Así son ellos —concordó Minerva. Y lanzó un suspiro—. Pero lo peor de todo es que no sabemos dónde están.

—¿Y no podemos encontrar un medio que nos permita hallar su paradero?

La dirección que tenía Craig es la antigua, no la actual.

Minerva guardó silencio. Alonso pensaba furiosamente.

De pronto, exclamó:

—¡Creo que ya lo sé, Minerva!

Ella le miró con interés.

—¿Sí, Alonso?

El joven vaciló.

—Pero... no quisiera que ella muriese —dijo.

—¿Quién es ella?

—Helen, mi prometida.

—¿Cómo puede saber su prometida el paradero de Hrodz y de Patswow?

Alonso sonrió amargamente.

—¿Ha leído los periódicos de los últimos días? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—Entonces, sabrá de la enfermedad de Ramón Alay, el famoso pintor español.

—Claro. Y es fácil imaginarme lo que le ha ocurrido.

—Bien, celebro que sepa verlo claro. Minerva, la inteligencia de Alay ha pasado ahora a mi prometida. En lo pictórico solamente, por supuesto.

La joven no pareció extrañarse en absoluto.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Alonso le explicó las dos últimas entrevistas sostenidas con Helen, en cada una de las cuales había conocido a dos famosos expertos en arte.

—Era buena pintora, pero como hay muchos artistas sin especial relieve —añadió—. Para que surja uno como Alay, es preciso que pasen años y años... y hasta siglos.

—Y ahora, Helen lleva el camino de convertirse en una luminaria de la pintura.

—Justamente. Alessio y Brough sostienen que su estilo, con reminiscencias del de Alay, supera a este en mucho... pero un artista no se convierte en un maestro de la noche a la mañana.

—Luego usted supone que Helen «compró» la inteligencia pictórica de Alay.

—¿Qué otra explicación, si no, podría darse a su repentino progreso? —contestó el joven.

Minerva le dirigió una profunda mirada.

—¿Cuándo piensa verla? —preguntó.

—Ese es el problema —contestó Alonso lastimeramente—. No quisiera

que le ocurriese lo mismo que a Craig.

—Entiendo —Minerva se mordió el labio inferior—. Alonso, será preciso usar de la astucia para conseguir lo que deseamos.

—Eso pienso yo, pero no se me ocurre ningún medio viable. ¿No puede usted darme alguna idea aceptable?

Ella movió la cabeza.

—No, en absoluto —contestó—. Si fuésemos a ver a Helen, ella moriría indefectiblemente.

— ¡Es mi prometida! —protestó Alonso.

— ¿La quiere usted mucho?

—Hombre, voy a casarme con ella... —Alonso frunció el ceño—. Pero hay algo que no me gusta.

—La... «compra» de la inteligencia de Alay, ¿no es cierto?

Alonso asintió ceñudamente.

—Eso indica una notoria falta de ética por parte de ella —dijo.

Minerva sonrió.

—Alonso, este es un problema que ha de resolver por sí mismo —declaró—. Pare aquí, por favor —pidió de repente.

Alonso arrimó el coche a la acera.

— ¿Adónde va usted? —preguntó.

Minerva abrió la portezuela. Con las piernas ya fuera del vehículo, pero aún sentada, se volvió hacia él y le sonrió.

—Voy a desaparecer por el momento —dijo—. Ya me pondré en contacto con usted. ¡Adiós!

Minerva cumplió su palabra. Cuando el joven quiso darse cuenta ella ya había desaparecido de su vista.

Alonso regresó a su casa. Después de cambiarse de ropa, se metió en la cama. Se sentía completamente deprimido.

No podía creer que Helen hubiera hecho una cosa semejante. Pero los hechos así parecían demostrarlo.

Frunció el ceño. Había algo que no acababa de comprender.

Para «comprar» una inteligencia, Helen debía conocer a los «vendedores». ¿Cómo había entrado en contacto con ellos?

De pronto, se quedó dormido. Pese a sus preocupaciones, el cansancio le venció y durmió toda la noche de un tirón.

Por la mañana, apenas despertó, se metió en la ducha. Se sentía un tanto más animado después de una noche de completo descanso.

Desayunó con gran apetito. Terminaba la última taza de té, cuando sonó el visófono.

Dio el contacto. La cara de Fanny Cadaro apareció en la pantalla con expresión singularmente jubilosa.

— ¡Señor Wronar! ¡Tengo buenas noticias que darle! —exclamó.

—Buenas deben de ser, a juzgar por su aspecto —sonrió el joven—. ¿Qué sucede?

—Se trata de mi marido. Esta mañana, apenas despertó, tomó el desayuno... bien, normalmente, aunque parecía un tanto preocupado, como si estuviese bajo la influencia de algún problema.

—¿Y...?

—Terminó de desayunar, me dijo que tenía que empezar a trabajar... ¡y ahí lo tiene usted en su gabinete, enfrascado en sus cálculos y sus diseños! Cuando le vi que iba a entrar en el gabinete, le pregunté si sabía cuántas eran dos y dos. Me miró enfadado y me dijo que no tenía ganas de bromas tontas. Señor Wronar, ¿no le parece esto maravilloso?

—Maravilloso, en efecto —convino el joven—. La felicito a usted, señora Cadaro.

—Gracias, gracias —dijo la joven—. Esto... me parece un sueño, pero sé que estoy despierta. ¡Adiós, señor Wronar!

Alonso cortó la comunicación, con la sonrisa en los labios. Una mujer de nuevo dichosa, se dijo.

Pero, de repente, se preguntó por qué había recobrado Cadaro tan repentinamente la inteligencia perdida. ¿Acaso fallaba el... invento de Hrodz y Patswow?

Una idea se le ocurrió entonces. El invento no fallaba.

Al contrario, fuese cual fuese la máquina empleada, funcionaba a la perfección. Pero... si el «comprador» moría, la inteligencia «comprada» retornaba automáticamente a su primitivo poseedor.

Era la única explicación lógica. Entonces, Alonso sintió un terrible escalofrío.

Su descubrimiento significaba una cosa: para que Alay volviese a pintar... ¡Helen debía morir!

De pronto, oyó que llamaban a la puerta. Cruzó la estancia y abrió.

Un puño se proyectó violentamente contra su rostro. Alonso apenas tuvo tiempo de ver una cara brutal, de facciones desagradables. El puño pareció convertirse de repente en un fogonazo de intolerable resplandor.

Cuando despertó, se encontró de bruces en el suelo. Como pudo, se puso en pie y caminó hacia el cuarto de baño.

La mandíbula le dolía horrorosamente. Una toalla mojada alivió no poco sus dolores.

Con ojos turbios, se miró al espejo, descubriendo una mancha morada de regular tamaño en el mentón. Tardó algunos minutos en descubrir que tenía el torso casi desnudo, apenas cubierto por unos jirones de la camisa.

Bajó la vista hacia su estómago, aterrado por lo que sabía iba a descubrir. Casi se desmayó al confirmar sus sospechas.

¡El ceñidor de protección había desaparecido!

Una ola de pánico invadió su mente. Durante un rato, no supo qué hacer.

De pronto, abandonó el baño y corrió hacia el visófono. Marcó en la clave de los Cadaro, pero su azoramiento era tal, que se equivocó dos veces antes de conseguir la comunicación ansiada.

Por fin vio ante sus ojos el rostro de Fanny.

Ella apreció el pánico que se reflejaba en la cara del joven.

—¿Le ocurre algo, señor Wronar? —preguntó.

—Señora... ¿está ahí Minerva?

Fanny movió la cabeza negativamente.

—No, no la he visto desde que se marchó ayer con usted...

Alonso cortó la comunicación sin más. Tenía que protegerse. No quería convertirse en un vegetal animado.

Se imaginó lo que pasaría si Hrodz y Patswow le robaban su inteligencia. No la venderían a nadie... viviría años y años encadenado a una silla, como una masa inerte... incluso serían capaces de dejarle morir de hambre...

Enloquecido por el pánico, corrió hacia la puerta. Solo entonces reparó en la escasez de su indumentaria.

Tras vestirse de nuevo, abandonó el piso corriendo como un demente. No se paró basta verse frente a su amigo Sand.

—Gus —pidió, lívido y desencajado—, tienes que protegerme. Protégeme o... o ellos me matarán.

\* \* \*

Gus Sand se paseó varias veces por la habitación, con las manos a la espalda y el ceño fruncido.

—Así que esos tipos han descubierto un medio que permite vaciar el cerebro de un hombre y transferir sus conocimientos al comprador —dijo, después de una larga pausa de silencio y ya en posesión de la verdad conocida hasta entonces.

—Sí, es una definición muy acertada —convino Alonso.

—Es evidente que se trata de un aparato de electrónica muy avanzada —manifestó Sand—. Actúa a distancia... pero eso es todo lo que sabemos.

—Sin embargo, hay un medio de defenderse. Yo lo tenía, pero me lo han quitado.

Sand torció el gesto.

—Si me lo hubieses dicho...Yo lo habría estudiado y tal vez reproducido. ¿No sabes cómo funcionaba?

Alonso meneó la cabeza.

—No tengo la menor idea —contestó—. Y lo malo es que la persona que me lo dio, ha desaparecido.

—Déjame pensar unos momentos —pidió Sand.

Volvió a pasearse. Pasados cinco minutos, se detuvo y miró al joven.

—Voy a realizar un experimento —dijo—. Contigo, no hay más remedio. Pero yo también lo experimentaré —agregó—. Modestia aparte, soy un buen elemento y no tengo ganas de que un idiota con dinero compre mi inteligencia. Espera un poco.

Sand entró en una habitación contigua, de la que volvió a salir a los pocos momentos con un gran rollo de cable de dos décimas de milímetro de sección,



convenientemente aislado.

—Quítate la camisa —ordenó.

Alonso se puso en pie. Sand empezó a trabajar en el acto.

Media hora después, el joven tenía unos cuantos metros de cable en torno a su cabeza, formando unos círculos concéntricos, unidos por un sector del mismo cable a otra serie de círculos que daban vueltas en torno a su pecho.

El extremo final del cable fue conectado a una diminuta batería eléctrica, que Sand aconsejó guardarse en el bolsillo de los pantalones.

—Es todo lo que se me ocurre por ahora —dijo—. La batería tiene carga para una semana. Cámbiala con tiempo suficiente, a fin de que no te quedes sin protección. Yo también haré lo mismo... y en el acto.

Sand empezó a trabajar para sí. Mientras se ponía la camisa, Alonso preguntó:

—¿Qué clase de protección me brinda tu descubrimiento?

—Pongamos que crea un campo magnético en torno a tu cuerpo. Más o menos, es un solenoide... bueno, pero si no lo vas a entender, ¿para qué seguir? Conténtate con saber que te protegerá.

—Creeré en tu palabra, pero no estoy muy seguro —alegó el joven—. Es muy distinto del que me dio Minerva Kess.

—¿Lo diseñó ella?

—Es de suponer.

Sand sonrió maliciosamente.

—A las mujeres les gustan las cosas bien emperifolladas —dijo—. Posiblemente, su aparato se basa en el mismo principio que mis rollos de cable, aunque desarrollado con más tiempo y, naturalmente, una mejor estética. Pero los efectos serán los mismos, créeme, muchacho.

—¡Ojalá sea como dices! —exclamó Alonso, esperanzado.

## Capítulo X

Alonso asomó la cabeza con grandes precauciones y, tras una rápida ojeada al estudio, exclamó:

— ¡Gracias sean dadas al Señor!

Helen se volvió y le miró sonriendo.

— ¿Por qué dices eso, cariño?

Alonso entró y cerró la puerta.

—Me sorprende no verte acompañada por un marchante de cuadros —dijo, avanzando hacia ella—. ¿Puedo besarte?

—Te mancharás de pintura. Otro rato, querido.

Alonso suspiró...

— ¡Todo sea por el arte! —exclamó resignadamente, mientras buscaba un sillón. Fue a quitarse el sombrero, pero se contuvo, pensando en los cables que llevaba enrollados en torno a la cabeza—. Helen, parece como si estuvieses atacada de «pintomanía».

—Soy pintora, ¿no? —contestó ella—. Anda, sítete una copa; ya sabes dónde están las botellas.

—No tengo ganas de beber, gracias. Helen, de todas formas, no te había visto nunca tan furiosamente aplicada a tu tarea.

Ella se encogió de hombros.

—Conviene aprovechar el tiempo —respondió.

—A juzgar por lo que veo, lo estás aprovechando a conciencia. Y, además, pintas maravillosamente.

—Gracias, cariño. Sí, llevo una buena temporada; me siento más inspirada que nunca y... ¿Cómo va tu libro?

— ¡Psé! —respondió él en tono casual—. Hoy escribo una página, mañana otra, pasado ninguna... A mí no me viene la inspiración tan fácilmente como a ti.

—Cuestión de caracteres —respondió ella—. No te preocupes; cuando menos lo pienses, concebirás una idea genial y te harás famoso de la noche a la mañana.

— ¡Hum! Lo veo muy difícil. La inspiración no se compra como si fuese un kilo de pan, querida.

Helen se estremeció ligeramente. Alonso la contemplaba con toda atención y captó el gesto.

— ¿Quién sabe? —contestó ella—. A veces... se puede encontrar lo que uno busca... si sabe cómo buscarlo.

— ¿Quieres decir que he de comprar un «negro» que escriba por mí? —preguntó Alonso.

—Yo no he dicho eso, querido.

—Entonces, no comprendo. Helen, sinceramente, no puedo salir por ahí y empezar a pregonar que quiero comprar ideas para escribir un libro. Antes de diez minutos, me habrían puesto una camisa de fuerza.

—Bueno, bueno, no te preocupes —dijo ella—. Tal vez... Pero ya hablaremos otro rato de este asunto.

—Sí, hablaremos otro rato —convino Alonso.

Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Luego se dispuso a

encenderlo.

De pronto, divisó en la pared opuesta, al pie, un ligero abultamiento apenas perceptible. Recordando cierto incidente ocurrido con Minerva en su departamento, adivinó lo que había bajo aquel abultamiento.

Fingiendo indiferencia, se puso en pie. Caminó unos pasos y quedó apoyado con los hombros en la pared, mientras simulaba contemplar desde otro ángulo la labor de su prometida.

Hizo chasquear el encendedor. La llamita brotó en el acto. Aquel ligero ruido bastó para apagar el taconazo que dio hacia atrás.

—Me gusta el cuadro —dijo en tono aprobatorio. De pronto, exclamó—: ¡Oh, se me ha caído el encendedor!

Se inclinó. Disimuladamente, tanteó la pared. Sonrió, satisfecho de su argucia.

El transmisor había quedado destrozado por el taconazo. Hrodz y Patswow ya no recibirían ningún informe de cuanto ocurría en el estudio.

—Bueno, cariño —dijo—, me voy.

—¿Tan pronto? —se quejó Helen.

—Para el caso que me haces...

Ella se volvió y le miró con expresión afectuosa.

—Acércate —indicó—. Pero no te manches.

—Podrías dejar los pinceles por un rato —pidió él con cara de lástima.

Helen puso los labios en forma de hocico.

—Un beso y es bastante —dijo.

—Si no hay otro remedio...

Momentos después, Alonso salió. Pero tuvo la precaución de simular solamente que cerraba la puerta, en lugar de efectuarlo de una manera real.

Esperó unos momentos. A poco, oyó la voz de Helen hablando por visófono.

—¿Doctor Patswow? ¿Cómo? ¿Ausente? Bien, dejaré grabado un mensaje... Por favor, le ruego venga cuanto antes... Soy Helen Trubetz; he de encomendarle una petición de importancia. Repito, Helen Trubetz. Eso es todo.

Alonso sonrió. Su idea había dado buen resultado.

Helen quería comprar inteligencia para él.

Ello significaba una cosa: Helen la había comprado antes. Y el arte de Alay había pasado a su poder después de la compra.

¿Cuánto le había costado?

Prefirió no pensar en la cifra. Debía de ser una suma mareante, pero, ¿dónde había obtenido Helen el dinero?

Patswow tardaría en venir, estaba seguro. Además, aunque no le viese de momento, Helen se las ingeniaría para conseguirle una entrevista con él.

Regresó a su casa. Minerva volvía a preocuparle. ¿Dónde se había escondido la joven?

Por vía de precaución, conectó la grabadora automática de su visófono.

Celebró la idea, al oír la voz de su amigo Sand.

—Alonso, soy Gus. Ven cuanto antes a casa del profesor Salmson. Te espero; es urgente. Llama allí apenas hayas recibido mi mensaje. Nada más.

Alonso buscó en el consultor la clave de los Salmson. Minutos después, entraba en contacto con su amigo.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Sí. El profesor sigue igual, pero Wilma me ha dicho... Alonso, te lo explicaré mejor personalmente. Ven cuanto antes.

—Ahora mismo —contestó el joven.

Cortó la comunicación y, en aquel momento, vio la forma luminosa que se abalanzaba sobre él.

Sabía que era imposible huir, por lo que esperó a pie firme. El corazón le latía con gran fuerza. ¿Daría resultado el procedimiento protector de Sand?

Algo que encerraba en su seno una tremenda potencia le catapultó contra el diván. Alonso sintió que se quedaba sin respiración y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Pero al mismo tiempo, observó un súbito retroceso del fantasma luminoso. Le pareció como si aquella forma azulverdosa hubiera salido rebotada al contacto, con una violencia análoga a la empleada para lanzarle contra el diván.

El resplandor luminoso se lanzó de nuevo contra él. Por segunda vez se repitió el choque devastador, pero ahora, la silueta fosforescente retrocedió con tremendo ímpetu, como si hubiera chocado contra un muro de enorme elasticidad.

La cosa ya no repitió el ataque. Con el mismo movimiento de veloz retroceso, alcanzó la puerta y desapareció en un instante.

Alonso necesitó, casi un cuarto de hora para reponerse del todo. Cuando se incorporó, creía haber sido víctima de un sueño.

Pero era realidad. La idea de su amigo había dado un magnífico resultado.

Se preguntó qué habría ocurrido de no haberle pedido ayuda. Meneó la cabeza. Era inútil formular especulaciones que ya no tenían objeto.

Había salvado la vida. Era lo que importaba.

Y, además, estaba en camino de cortar aquella carrera de «compra» de inteligencias. Esto era muy interesante.

El único punto negro del panorama, que ya aclaraba considerablemente era la ausencia de Minerva Kess.

\* \* \*

Alonso felicitó mentalmente a su amigo por el buen gusto mostrado en la elección de su futura. Wilma Salmson era una muchacha encantadora, de ojos azules y cabello dorado, muy claro, pero que en aquellos momentos mostraba señales de una indudable aflicción.

Después de las primeras palabras de salutación, Sand entró en materia.

—He contado a Wilma todo lo que hemos averiguado —dijo—. Ella dice

que sospecha quién es el que ha comprado la inteligencia de su padre.

Alonso miró a la muchacha.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

Wilma asintió.

—Tengo fundadas sospechas —contestó—. Quizá me equivoque, pero estoy segura de acertar.

—Bien, dígame su nombre —pidió Alonso.

—Herbert Thomas. Es profesor de Oxford.

—¿Filósofo también?

—Sí, pero enemigo de mi padre.

—Enemigo, ¿en qué sentido, señorita Salmson? —preguntó Alonso.

—Científicamente, se entiende, por supuesto. Cada vez que mi padre publica un libro o presenta una tesis, Thomas los refuta sistemáticamente.

—Eso no quiere decir nada —manifestó el joven—. Opina de distinta manera que su padre, simplemente.

Wilma negó con la cabeza.

—Hace años ya, tuvieron ciertos roces a causa de unos apuntes de los que Thomas se apoderó y que, tras corregir apenas, le sirvieron para publicar un libro que le dio bastante fama. Pero después no ha hecho nada de provecho, puede decirse, porque ni siquiera los argumentos empleados para rebatir a mi padre pueden ser tenidos en cuenta.

—Los apuntes... ¿eran de su padre?

—Sí —contestó Wilma—. Desgraciadamente, no guardaba copia y no pudo demostrar el latrocinio. Thomas se llevó toda la gloria de aquel libro, con las ideas de mi padre.

—Bueno, si solo busca gloria... —dijo Alonso.

—Muchacho —terció Sand—, debes convencerte de que no todo el mundo actúa por provecho dinerario. El padre de Wilma posee una reputación mundial. A algunos les gustaría tener su fama.

—Y, a la larga, esa reputación produce compensaciones económicas —dijo Wilma—. Libros, conferencias, artículos, cátedras temporales en universidades... Thomas no ha pasado ahora, pese a su trampa de hace años, de ser una mediocridad en su especialidad. Además, lo sé positivamente, le corroe la envidia; es un tipo agriado de carácter, bilioso...

Alonso sonrió.

—Vamos, que no tiene desperdicio —dijo. Miró a su amigo—. Pero no podemos acosarle como lo hicimos con Craig.

Sand meneó la cabeza.

—No —contestó—. Moriría y no deseamos su muerte. Únicamente, si ha sido él, queremos que devuelva... lo que robó.

Wilma tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quiero que mi padre vuelva a ser lo que era —dijo—. No lo hago por la fama ni por el dinero; solo deseo que vuelva a convertirse en una persona normal.

—Su enfermedad tiene curación —contestó Alonso.

—Sí, pero cuando recobre el conocimiento, no recordará nada de su especialidad —adujo Sand.

El joven hizo un signo afirmativo.

—Hay un medio... pero me resisto a emplearlo —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Sand.

—Craig murió por imprudencia nuestra, imprudencia debida a falta de experiencia en esta clase de asuntos.

—No me lo recuerdes —dijo Sand, haciendo una mueca—. ¡Fue espantoso!

—En medio de todo, su muerte produjo beneficiosos efectos. Al día siguiente, en cuanto se levantó, Jell Cadaro se puso a trabajar. Había recobrado de golpe todos los conocimientos perdidos.

—¡Cielos! —exclamó Sand.

Wilma meneó la cabeza.

—No le tengo ninguna simpatía a Thomas, pero no desearía que mi padre volviese a la normalidad a causa de su muerte.

—Es posible que esto tenga una solución en plazo más breve de lo que parece —dijo Alonso.

—¿Cómo? —se extrañó su amigo—. ¿Sabes algo?

Alonso sonrió.

—Estoy en camino de que alguien compre para mí la inteligencia de algún famoso escritor. Por supuesto, no aceptaré el trato... pero puede que así descubra la guarida de esos dos tipos. Entonces, bueno, cuando llegue la ocasión veré qué debo hacer.

—¡Destruir sus malditos artefactos! —pidió Wilma apasionadamente.

Alonso se puso en pie.

—Quizá sean buenos artefactos... usados para el bien y no para el provecho propio y sin escrúpulos —dijo. Se puso en pie—. Bien, volveremos a vernos y cuando eso suceda, espero tener mejores noticias.

—Yo creí que me acompañarías a visitar a Thomas —se quejó Sand.

—Te recomiendo que no lo hagas, al menos por el momento —aconsejó el joven—. Ignoro de qué manera, pero todo el que «compra» una inteligencia ajena, es espiado por los vendedores en todo momento. Si notan algo raro o pernicioso para ellos... recuerda lo que le sucedió a Craig.

Sand hizo un gesto afirmativo.

—Thomas moriría sin decirnos el actual escondite de esa pareja —declaró.

—Justamente, y eso es lo que tratamos de evitar. A propósito, Gus, tu invento ha funcionado a la perfección.

—¿Cómo? ¿Te atacó otra vez la forma luminosa?

Alonso sonrió mientras se frotaba el estómago.

—Me atacó... y no fue agradable, créeme. Pero, a no ser por tu idea, no me tendrías ahora delante de ti.

—Me parece que esos dos tipos se han desmandado —murmuró Sand—.

De científicos se han convertido en criminales.

—Sobre eso, ya no cabe la menor duda —concordó Alonso. Estrechó la mano de la joven—. Wilma, tranquilícese; dentro de unos días, su padre habrá vuelto a la normalidad.

—Le agradezco muy sinceramente su ayuda —dijo la muchacha.

—Con lo poco que pueda hacer, pagaré el favor que me prestó su prometido. Adiós, Gus; te llamaré apenas sepa algo de nuevo.

—De acuerdo, muchacho.

Al salir de casa de los Salmson, Alonso consultó la hora.

Era temprano todavía. Le pareció que no era tiempo aún de que Patswow hubiese dado respuesta a la llamada de Helen.

Podía esperar un poco. Iría al atardecer; tal vez, entonces lograra algo positivo.

## Capítulo XI

Minerva surgió como si brotase del suelo, cuando Alonso se disponía a abrir la portezuela de su automóvil.

La joven vestía una túnica dorada, sin mangas, muy parecida a la que llevaba cuando él la vio por primera vez. Sus cabellos resplandecían bajo las luces del alumbrado público.

Ella le empujó con suavidad hacia el coche.

—Entremos —dijo—. Hablaremos durante el camino.

—Sí, claro...

Instantes después, Alonso ponía el auto en marcha. Nuevamente volvió a sentir aquella placentera sensación de contento que le invadía cada vez que estaba junto a Minerva.

—¿Dónde ha estado usted? —preguntó él, invadido por la impaciencia, apenas hubo arrancado el automóvil.

—¿No se lo figura?

—¿Investigando?

—Sí.

—¿Qué ha averiguado?

—Algo importante. Por cierto, ¿adónde va usted? Ni siquiera se lo he

preguntado.

—A casa de mi prometida. Pero contésteme usted primero. ¿Qué sabe?

—Casi... el paradero de esos dos sujetos.

—¡Es magnífico! —aprobó el joven—. ¿Dónde están?

—Creo que en un satélite.

—¡Vaya! —gruñó Alonso—. No es mucho... y queda demasiado lejos.

—No he podido evitarlo —contestó Minerva.

—Bueno, algo es algo. ¿Conoce su clave de órbita?

Ella suspiró.

—No. Es reservada —dijo.

—Hay miles de satélites allá arriba —rezongó el joven—. ¿Cómo podremos encontrarlo, si no conocemos su órbita?

—Ya encontraremos un medio. Por cierto, ¿a qué va a casa de su prometida?

—Helen quiere comprar una inteligencia para mí.

—Ah —murmuró ella—. ¿Cómo lo sabe usted?

Alonso le explicó la conversación sostenida con Helen durante su última entrevista.

—Además, rompí de un taconazo el emisor de radio por medio del cual vigilan a Helen. Estoy seguro de que Patswow vendrá a verla, no solo para atender su llamada, sino para reponer el transmisor averiado.

—Lo cual significa que cada «comprador» es vigilado constantemente.

—Así es, por lo que creo que ahora, con un poco de paciencia, conseguiremos conocer el escondite de esa pareja de granujas.

Minerva suspiró.

—Son terriblemente inteligentes —dijo.

—Lástima que hayan enfocado su inteligencia al mal —dijo él—. Pero acabaremos por derrotarles.

—Eso espero.

Estaban cruzando Hyde Park. De pronto, Alonso arrimó el coche al borde de uno de los jardines y frenó casi en seco.

—¿Qué hace usted? —preguntó Minerva, alarmada.

Alonso se volvió hacia ella. Rodeó su cuerpo con los brazos y la atrajo hacia sí.

Minerva soportó el beso en silencio, sin protestar. Cuando Alonso se separó de ella, dijo:

—No ha debido hacerlo, Alonso.

—Lo siento, me fue imposible contenerme.

—Usted no es un galanteador profesional.

—¿Lo dice por Helen?

Ella movió la cabeza ligeramente.

—No, no es ese el motivo —contestó ambigüamente—. Sigamos, por favor.

Durante unos momentos, Alonso la contempló en silencio. Ella miraba al



frente, rígida, inmóvil. Solo su pecho se alzaba y descendía con un ritmo superior al normal.

De pronto, en la penumbra, Alonso advirtió unos puntos brillantes en sus mejillas.

— ¿Por qué llora? —preguntó.

—Sigamos, por favor —pidió ella roncamente.

Alonso presionó el pedal de contacto. El coche arrancó de nuevo.

Diez minutos más tarde, se detenían ante la casa donde Helen tenía su estudio.

Antes de apearse, Alonso dijo:

—Minerva, la he ofendido. Perdóneme.

Ella le tomó una mano y la oprimió con gesto afectuoso.

—Usted no lo sabía —dijo—. En cierto modo, la culpa no ha sido suya.

Y después de estas enigmáticas palabras, que dejaron a Alonso sumido en una gran perplejidad, saltó al suelo y cruzó la acera en dirección al portal.

Alonso la siguió en silencio. Momentos después, alcanzaban la puerta del estudio de Helen.

— ¿Llamo? —sugirió él, apoyando el dedo sobre el botón del timbre.

Minerva levantó una mano.

—Espere —dijo.

Abrió su bolso y sacó de él dos objetos que intriguaron no poco al joven. Eran dos ventosas, que pegó a la madera de la puerta, unidas por sendos cables a unos audífonos.

—Póngase uno —dijo—. Conviene ser precavidos.

Alonso se metió el audífono en la oreja. Inmediatamente oyó una voz masculina que sonaba con trémolos precavidos.

—Es usted una estúpida. ¿Por qué me ha llamado? ¿Solo para decirme que quiere convertir a su novio en un gran escritor?

—Tengo dinero para pagarle... como le pagué cuando hizo esa operación conmigo —respondió Helen—. ¿Qué le pasa ahora? ¿Ha resultado que mis billetes eran falsos?

—No, pero no es ese el asunto. Señorita Trubetz, olvídense de la petición.

Helen frunció el ceño.

—Vamos, doctor —dijo—, no me venga ahora con cuentos. Usted es un adorador del becerro de oro. En tratándose de dinero, olvida toda moral. ¿Va a salirme ahora con escrúpulos?

— ¡Es que no quiero! —tronó Patswow.

— ¿Por qué? ¿Acaso mi novio le resulta antipático?

— ¡Odioso, es la palabra exacta!

—Doctor, le aseguro que no le entiendo. ¿Por qué se niega...?

—Se lo diré de una vez —rugió el científico—. Alonso Wronar lucha contra nosotros. Y nosotros tenemos la intención de destruirle. ¿Ha comprendido?

—Creo que no he oído bien —dijo Helen.

—He hablado con absoluta claridad —manifestó Patswow fríamente—. Lo siento por usted, señorita Trubetz, pero estimamos que nuestro interés primordial es nuestra propia seguridad.

—Así, pues, piensan dar muerte al señor Wronar.

—La definición es correcta, señorita.

—Muy bien, pues. Espere un momento, doctor.

Minerva volvió los ojos hacia su acompañante.

—Creo que va a ocurrir algo —dijo.

Alonso movió la cabeza afirmativamente.

—Entremos —propuso.

Desconectó el audífono y puso la mano en el pomo de la puerta, haciéndolo girar. Luego, empujó de golpe.

En aquel instante, sonó la voz de Patswow con trémolos de alarma.

— ¡Eh! ¡Estúpida! ¿Qué diablos va a hacer?

— ¿No lo está viendo? —contestó la joven.

Tenía en la mano una pistola, con la que apuntaba rectamente al pecho del científico.

Patswow lanzó un rugido de ira, a la vez que saltaba hacia adelante.

— ¡No le permitiré...!

Alonso y Minerva irrumpieron en aquel instante y vieron el fogonazo y el estampido del disparo.

— ¡Helen! —gritó Alonso.

En el mismo instante, por la fuerza de su propio impulso, Patswow caía sobre ella. Hubo un violentísimo chispazo azul y se oyó un terrible alarido que brotaba de labios de la joven.

Helen salió despedida contra la pared. Rebotó y cayó a un lado, con la cara completamente amoratada.

— ¡La ha matado! —bramó Alonso.

Patswow se volvió hacia ellos. Era un hombre alto, fornido, de pelo negro y barba frondosa y rizada. Sus ojos emitían un brillo peculiar.

Una singular sonrisa apreció en sus labios.

—Conque eres tú, querida —dijo.

Avanzó lentamente hacia la pareja. Alonso sintió pánico por un momento.

El aspecto de Patswow era terrible.

Minerva no se movió. Permaneció inmóvil, rígida, con los ojos fijos en el hombre.

Alonso se dispuso a contraatacar. Súbitamente, descubrió una mancha roja en el pecho del científico, que se agrandaba con rapidez.

Patswow se detuvo a cuatro pasos de la pareja. De pronto, se tambaleó.

— ¡Minerva! —gritó.

Ella hizo un ligero ademán con la mano, pero se contuvo en el acto. Un horrible ronquido brotó de labios de Patswow.

Durante un tiempo que pareció interminable, pero que, en realidad, fue brevísimo, Patswow se mantuvo en pie. Luego, bruscamente, se derrumbó de

bruces. Su cuerpo se estremeció un poco y luego quedó inmóvil.

Alonso salió del morbosos estatismo en que había caído después de irrumpir en el estudio. Corrió hacia Helen y se arrodilló a su lado.

Quedó espantado. La muerte había infundido a su rostro una apariencia horripilante.

Estaba muerta. Su corazón había dejado de latir.

Oyó pasos a sus espaldas. Volvió la cabeza.

—Lo siento de veras —dijo Minerva, terriblemente pálida.

—Quiso salvarme —murmuró él.

—Pero, en un principio, también quiso para usted la inteligencia de otro ser humano.

Alonso agitó la cabeza. Luego se puso en pie.

—Hay que avisar a la policía —dijo.

—Espere un momento —pidió Minerva.

Alonso le dirigió una mirada expectante.

—¿Qué tiene que decir ahora? —preguntó.

—El estudio está en un ático. Nadie ha oído el disparo. Nadie sabe hasta ahora lo ocurrido.

—¿Insinúa que debemos callar?

—¿No cree que es lo mejor?

Alonso reflexionó unos momentos.

—Tal vez —dijo al cabo—. A mí no me importa el escándalo, sin embargo.

—Tampoco a mí, pero Hrodz se pondría sobre aviso y no podríamos capturarle.

—Es posible que tenga razón —contestó Alonso.

De pronto, Minerva se arrodilló junto al cadáver de Patswow y hurgó en sus ropas, de las que recogió un objeto que guardó en su bolso, sin que Alonso pudiera ver bien de qué se trataba. Luego se puso en pie y le miró.

—Es hora de que nos vayamos —dijo.

—Un momento —exclamó Alonso—. Ese hombre... la conocía a usted.

Ella afirmó con breve gesto.

—Sí —contestó.

Hubo una corta pausa de silencio. De pronto, Alonso creyó adivinar la verdad.

De otro modo, se dijo, no había explicación posible para los conocimientos que Minerva poseía acerca del asunto.

—Era su esposo —dijo.

El rostro de Minerva permanecía impassible. Solo los rápidos vaivenes de su busto indicaban la agitación de que estaba poseída.

—Sí —admitió lacónicamente. Y luego dijo—: ¿Vamos?

Alonso se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, quiso volverse para mirar a Helen por última vez.

Aunque ella había tratado de proporcionarle una inteligencia superior, por

procedimientos reñidos con la moral, en el último momento había querido salvarle la vida. Aquel gesto había redimido su pecado.

Hizo un esfuerzo y se contuvo. No, no quería ver a Helen de nuevo con el rostro deformado y oscurecido por una muerte horrible y repentina.

Lentamente, volvió la puerta y cerró en silencio. Minerva esperaba a unos pasos de distancia.

Descendieron a la calle, sin cruzar una sola palabra. Una vez fuera del edificio, ella dijo:

—Alonso, debemos separarnos.

—Pero...

—Necesito unos días de absoluta soledad. Haga un esfuerzo por comprenderlo.

—Sí, claro. ¿Cuándo volveré a verla de nuevo?

Ella le dirigió una triste sonrisa, a la vez que le tendía la mano.

—No lo sé —contestó—. Ni siquiera sé si volveremos a vernos.

Y tras estrechar la mano del joven, partió con paso rápido y ligero, perdiéndose de vista en pocos segundos.

## Capítulo XII

Alonso, extendió el periódico delante de Gus Sand y de su prometida.

—Lean —dijo.

Después de unos momentos, Sand habló:

—Bueno, y eso, ¿qué tiene que ver con nuestro problema?

—¿No te das cuenta acaso? El periódico dice que Alay ha vuelto a pintar. Está trabajando más que nunca; el comentarista dice que el maestro pinta con doblado vigor, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. ¿Y saben los dos cuándo empezó a pintar?

Sand y Wilma le miraban expectantemente.

Alonso sonrió:

—Alay volvió a pintar el mismo día que murió Helen. Por lo que deduzco, casi a la misma hora... Es decir, algunos minutos después. Corrió a su taller, agarró los pinceles y...

Sand meneó la cabeza negativamente.

—Alonso, no nos propongas que liquidemos a Thomas, para que el padre de Wilma se recobre por completo —dijo.

—En absoluto —contestó el joven con énfasis—. Pero podemos

aprovechar la ocasión para matar dos pájaros de un tiro... y perdone que considere a su padre como un pájaro, Wilma.

—¿Qué es lo que se propone hacer? —preguntó ella.

—Sencillamente, creo que podemos hallar el escondite de Hrodz, por medio de Thomas.

—Él no te lo dirá —alegó Sand.

—En casa de Helen no pudimos detenernos a buscar nada, porque Minerva y yo nos marchamos, a fin de no vernos en complicaciones con la policía. Además, es muy probable que el estudio esté vigilado todavía.

—La policía te ha interrogado a ti. Te consideran sospechoso.

—Vosotros dos probasteis mi coartada —dijo Alonso—. He quedado descartado. Además, las apariencias indican lo que es la pura verdad: Helen mató a Patswow y este la mató a ella. No puedo evitar que la maledicencia haya caído sobre la pobre Helen; Patswow era un hombre muy atractivo y se ha achacado el crimen a celos.

—Entiendo —dijo Sand—. La policía cree que Patswow quería deshacerse de Helen y le preparó la trampa mortal para electrocutarla. Ella adivinó algo y le disparó un tiro, pero no pudo evitar finalmente la trampa.

—Eso es —concordó Alonso.

—Pero no sirve para encontrar a Hrodz —objetó Wilma.

Alonso indicó el visófono.

—Llame usted a Thomas —dijo—. Póngale cualquier pretexto, dígame incluso que su padre quiere comentar con él alguna cosa... de lo que sea; el caso es que lo haga salir de su casa.

—¿Y después?

Alonso miró a su amigo.

—Mientras Thomas viene hacia aquí, tú y yo nos encargaremos de registrar su piso. Allí encontraremos algo que... Wilma, ¿cuánto tardaremos en llegar?

—Una hora, aproximadamente —contestó la joven.

—Muy bien, llámele pasado ese tiempo. Gus, ¿tienes preparado aquel detector que te pedí?

—Por supuesto, pero creí que lo habrías olvidado.

—No lo he necesitado, sencillamente. Ahora lo usaremos... para evitar que Hrodz sepa que estamos registrando el piso de Thomas.

\* \* \*

Setenta minutos después, Herbert Thomas salió de su piso y se detuvo al borde de la acera. Agitó la mano y un taxi frenó a su llamada.

Alonso y Sand estaban en el coche del primero, situados a prudente distancia. Apenas vieron que Thomas desaparecía de su vista, abandonaron el vehículo y entraron en el edificio.

No se entretuvieron en usar ganzúas ni nada por el estilo. Sand empleó un diminuto soplete eléctrico, alimentado por baterías, con el que quemó la

madera en torno a la cerradura.

En menos de medio minuto tuvieron el paso franco. Antes de cruzar el umbral, Sand puso en marcha el detector.

Entraron lentamente. A los pocos segundos, el detector marcó la situación del micrófono emisor de radio.

—Ya lo tengo —susurró Sand—. ¿Qué hacemos ahora?

—Emplea un interferidor. En todo caso, Hrodz creerá que su aparato ha sufrido una avería.

—De acuerdo.

Un minuto después, Sand dijo:

—Ya podemos hablar normalmente, Alonso.

—Muy bien —contestó el joven—. Vamos a registrar la casa. A fondo. ¿Entiendes? ¡A fondo, Gus!

—¿Y si vuelve antes de que hayamos terminado?

—Somos más fuertes que él —respondió Alonso, lacónicamente.

—Pensando en lo que ha hecho al padre de Wilma, no te creas que no me agradaría darle un buen puñetazo en las narices —masculló el ingeniero.

Inmediatamente, empezaron a trabajar.

Treinta minutos después, Sand encontró algo y llamó a su amigo.

—¡Ven, Alonso!

El joven acudió al despacho del profesor. Sand tenía en las manos un documento.

—Mira —dijo—. Lee y llora.

Alonso tomó en las manos el papel, dándose cuenta de que era una fotocopia, pero no el original:

*«Recibo de Mr. Herbert Thomas la cantidad de N£ 10.000 comprometiéndose él mismo a entregarme trimestralmente la suma de N£ 1.000, todo ello como pago de mis trabajos por proporcionarle la inteligencia y los conocimientos filosóficos del profesor Salmson. El original del presente documento queda en mi poder. Firmado: H. Hrodz.»*

—¡Pero esto es absurdo! —exclamó Sand, momentos después.

—No tan absurdo, muchacho —contradijo Alonso.

—Los dos se comprometen —exclamó Sand—. Hrodz ha firmado con su propio nombre...

—¿Y qué le pasaría si le detuvieran? Una condena muy ligera, porque el profesor Salmson no ha sufrido daño físico y su mente, salvo la pérdida de los conocimientos de su especialidad, quedará igual que antes. Además, puede volver a estudiar y... Digo esto, suponiendo que no se hubiesen producido otras muertes, cosa con las que no contaban Patswow ni Hrodz.

—¿Y Thomas?

—Él perdería mucho más, porque se demostraría que su reputación no era suya propia, sino la de Salmson. Le llamarían impostor, le desposeerían de

todos los cargos y honores recibidos...

—En resumen, que este recibo es una especie de chantaje.

—Ni más ni menos —contestó Alonso—. De este modo, Hrodz se garantiza unos ingresos regulares durante años y años... Mil neolibras al trimestre no es mucho... pero imagínate que son cien o mil o diez mil los individuos que están en las condiciones de Thomas. ¿Te das cuenta el manantial de dinero que esto representa?

Sand se estremeció.

— ¡Dios mío! —exclamó—. Solamente con que cien personas se hubiesen sometido al tratamiento de Hrodz-Patswow... significarían cien mil neolibras trimestrales.

—Sin contar con los ingresos que representan lo que podríamos llamar «cuota de entrada». Para Thomas representó diez mil neolibras; Craig pagó cincuenta mil; Helen... no lo sabemos, pero me imagino que cada cual habrá pagado según sus posibilidades y habrá firmado el contrato también según lo que pueda ganar en el futuro.

Sand asintió pensativamente.

—Una mina, un río de dinero —dijo. Luego blandió otro papel—. Aquí se explica cómo Thomas se puso en contacto con Hrodz.

Alonso tomó el papel y lo leyó. Era una especie de circular en la que se hacían ofertas para mejorar la inteligencia. Caso de interesar al receptor de la circular, debía llamar a un determinado número de visófono.

—Es la clave de la casa que tenían en la Ciudad Aérea —dijo, después de terminar la lectura.

—Lo cual significa que ahora no nos sirve.

—No. Indudablemente, tenían todo preparado ya para irse al satélite —calculó Alonso—. Mi intervención precipitó los acontecimientos.

—Pero no conocemos la órbita de ese satélite —dijo Sand desanimadamente.

Alonso también se sentía decepcionado.

La expedición no había dado los frutos que deseaban.

El visófono sonó de pronto. Los dos amigos se miraron.

Alonso, resueltamente, dio el contacto. La cara de Wilma apareció a poco en la pantalla.

—Thomas se ha ido —dijo—. Sospecha algo.

—Gracias. Nosotros nos marcharemos ahora.

— ¿Han encontrado algo?

—No demasiado —contestó el joven— Gus le explicará cuando la vea. Adiós, Wilma.

—Hasta la vista.

Alonso cerró la comunicación.

—Vámonos, Gus —dijo.

—Thomas pondrá el grito en el cielo cuando vea todo revuelto —masculló el ingeniero.

— ¡Que se vaya al diablo! —fue la desabrida respuesta de Alonso.

\* \* \*

Por la mañana del día siguiente, cuando despertó, Alonso lanzó un estentóreo grito que hizo vibrar los cristales de su habitación.

— ¡Pero, qué estúpido soy!

En pijama, sin ponerse siquiera las zapatillas, corrió hacia la sala y se sentó ante el consultor automático de direcciones.

Busco el apellido Patswow. No era muy común; solo había uno:

Y. Patswow

Alineación 139, Edif. 91.º, 7.ª, C-4

«Debí haber empezado por ahí», se dijo, mientras corría al cuarto de baño.

Cuando se secaba bajo el chorro de aire caliente, encontró la respuesta a otro enigma que le preocupaba.

—Kess debe de ser su apellido de soliera —murmuró.

Unos minutos más tarde, estaba vestido. Consideró que no tenía una prisa excesiva y desayunó con toda tranquilidad.

Media hora después, se echó al bolsillo el soplete eléctrico, que se había quedado a prevención, y salió a la calle.

Una duda le atormentaba: las dos mil neolibras que Minerva le había dado, ¿eran legítimamente suyas o tenían una procedencia deshonesta?

Lo averiguaría cuando la viese, decidió finalmente. En todo caso, apenas había gastado un diez por ciento de la suma recibida.

Cuando llegó a casa de Patswow, se felicitó por la precaución de haber llevado consigo el soplete eléctrico: no había nadie en la casa.

Entró y volvió la puerta, sujetándola con una silla. El silencio era absoluto.

Pronto encontró el despacho del científico muerto. Sobre la mesa, halló una cuartilla escrita.

Su contenido era el siguiente:

*Imaginaba que haría una cosa semejante, Alonso Wronar. Minerva Patswow está conmigo. ¿Por qué no sube a verla? Los datos orbitales de mi satélite son: K-10.º-X-817.ª. Le espero ansiosamente.*

*H. Hrodz*

Alonso inspiró profundamente.

—Un tipo verdaderamente listo —dijo.

Y tras unos segundos de reflexión, se acercó al visófono.

Llamó a su amigo Sand. El ingeniero contestó casi en el acto.

— ¿Noticias, Alonso? —preguntó.

—Sí, Gus.

— ¿Buenas?



—Tengo los datos orbitales del satélite de Hrodz.  
Sand lanzó un aullido.  
— ¡Eso es maravilloso, Alonso! —exclamó.  
—No tanto como crees, Gus. Hrodz me está esperando.  
El ingeniero emitió un prolongado silbido.  
—La cosa se complica, amigo —dijo—. Pero no te preocupes; subiremos juntos...  
—Te equivocas —le interrumpió el joven— Iré yo solo.  
—No hagas una cosa semejante —gritó Sand.  
—Está resuelto —afirmó Alonso.  
Y cortó la comunicación.

## Capítulo XIII

El alquiler del cohete le costó mil seiscientas neolibras, lo que dejó las arcas del joven poco menos que exhaustas. A Alonso le importaba poco quedarse sin dinero; todo su interés estaba centrado en rescatar a Minerva.

Ansiaba verla de nuevo con sentimientos de desesperación. No sabía qué hubiera hecho de haberse enterado antes de que era la esposa de Patswow, pero ahora este obstáculo no existía.

Estaba seguro de que habría olvidado a Helen si hubiese vivido. Era egoísta pensar así, pero debía reconocer fríamente el estado de su ánimo.

Alonso tenía pocas nociones de pilotaje de cohetes suborbitales. Los reglamentos debían cumplirse: tenía que llevar consigo un piloto.

—Pero usted no entrará en el satélite —le dijo, cuando hubieron salido de la atmósfera terrestre.

El piloto se encogió de hombros.

—Eso no va contra las normas de la compañía —contestó.

Necesitaron describir varias órbitas de radio gradualmente mayor en torno al planeta, antes de alcanzar la que correspondía al satélite de Hrodz. Con los datos que el joven le había facilitado, no tardaron en situarse a poca distancia del objetivo.

El piloto equiparó velocidades. A cuarenta mil kilómetros de la superficie

terrestre, volaban a más de veintiocho mil kilómetros por hora. Sin embargo, tanto el cohete como el satélite parecían inmóviles en el espacio.

—Acérquese a cien metros —ordenó el joven.

—Sí, señor.

—Voy a ponerme el traje espacial. Luego saldré afuera...

—Si me lo permite —dijo el piloto—, conectaré el automático y le ayudaré a ponérselo.

—Es usted muy amable, amigo —sonrió el joven—. Daré un buen informe de usted a su compañía.

—Tenemos órdenes de complacer a los pasajeros en todo, sin violar los reglamentos, señor —contestó el piloto.

Media hora más tarde, Alonso estaba dispuesto para abandonar el aparato. Antes de salir, se acercó a la cabina.

A través de los ventanales, estudió la disposición del satélite. Sustancialmente, parecía un plato, sobre el que se hubiese depositado media naranja, con la parte curva hacia arriba.

La parte cupular constituía el habitáculo propiamente dicho. La plataforma, de unos treinta metros de diámetro, por cinco de grosor, contenía los mecanismos de control y la estación alimentadora de energía.

Por un momento, Alonso pensó en penetrar subrepticamente en el satélite, pero desechó la idea apenas concebida: era absolutamente imposible.

Tenía que dejarse ver de Hrodz y, seguramente, de sus ayudantes.

—En suma, no me queda otro remedio que dar la cara —murmuró.

—¿Decía algo, señor? —preguntó el piloto.

—Nada —contestó el joven—. Abra la compuerta interna de la esclusa. Luego... —se mordió los labios con gesto irresoluto—. Bien, espere instrucciones.

—Sí, señor.

Unos minutos más tarde, Alonso se encontraba flotando en el espacio. La sensación de ingravidez le dio náuseas al principio, pero consiguió dominarse.

Se guio por los cohetes propulsores, acercándose lentamente a la estación. Se hallaba a mitad de camino, cuando, de pronto, vio pasar por su lado una especie de dardo luminoso, de deslumbrante blancura.

Era muy delgado, apenas más grueso que un hilo corriente de costura. El dardo se mantuvo unos segundos en el espacio, como uniendo al satélite con el cohete.

Alonso volvió la cara. Su frente se cubrió de un sudor frío.

El cohete era un ascua de luz verdosa. Su resplandor sufría ligeras oscilaciones, pero en ningún momento dejaba de hacer daño a la vista.

El resplandor desapareció unos segundos después. Alonso parpadeó.

La nave había perdido su brillo primitivo. Ahora, el metal aparecía mate, casi ennegrecido. Incluso la pintura de las letras y cifras de su clave de identificación habían desaparecido.

De repente, el cohete empezó a disgregarse. En el espacio no hay soplos de

viento, pero a Alonso le pareció como si una fuerte brisa disipara el montón de polvo en que se había convertido el aparato.

Unos segundos después, el cohete había desaparecido por completo.

¿Qué terribles poderes eran los que poseía Hrodz?

Volvió la cabeza. Atraído por el espectáculo, no se había dado cuenta de que continuaba acercándose al satélite.

Estuvo a punto de chocar contra un saliente. Corrigió la trayectoria y empezó a buscar la compuerta de acceso.

Una luz chispeó delante de sus ojos. La compuerta era transparente y Alonso pudo ver una silueta al otro lado del mamparo.

La silueta le hizo señas de que se acercase. El joven orientó los chorros y un momento después, ponía los pies en un saliente dedicado a tal efecto.

La compuerta externa giró. Alonso dio un paso hacia adelante.

El hombre que tenía frente a sí no era Hrodz. Su estatura era mucho más elevada.

—Pase —indicó el sujeto, hablándole a través de la radio.

Los dos hombres cruzaron la segunda compuerta.

—Puede quitarse el casco —dijo el otro.

Alonso obedeció. El hombre que tenía frente a sí hizo lo mismo.

—Nos vemos de nuevo, ¿eh?

Era uno de los que le habían atacado la primera vez, con ánimo de quitarle el ceñidor. Alonso no dijo nada.

—El jefe le espera —indicó el rufián.

—Bueno, vamos allá.

—No. Primero quítese por completo el traje espacial.

—Si eso le sirve de alivio...

Alonso se quitó el traje de vacío. No obstante, se ajustó una gorrilla de visera corta que llevaba sobre la cabeza y con la cual ocultaba los cables que su amigo le había colocado en ella.

—Sígueme —dijo el hombre, cuando Alonso hubo terminado su labor.

Atravesaron un pasillo, flanqueado por puertas metálicas, opacas, y salieron a un salón semicircular, con grandes ventanales, desde el cual se divisaba una espléndida vista del planeta.

Hrodz estaba sentado sobre un cómodo diván, con una sonrisa de satisfacción en los labios. Minerva se hallaba a su lado.

El brazo derecho de Hrodz ceñía la esbelta cintura de la joven. Ella le dirigió una profunda mirada, pero su rostro permanecía impassible.

El aspecto de Hrodz con respecto a Minerva era de plena posesión. Alonso sintió asco.

Minerva vestía en esta ocasión de un modo distinto a como él la había visto hasta entonces. Ahora usaba un cómodo traje de una sola pieza, sin mangas, con las perneras terminadas a cinco centímetros de la rodilla. Era la última moda en indumentaria femenina.

El traje era de color azul fuerte, lo que contrastaba singularmente con el

tono tostado claro de su piel y el bronce de sus cabellos. Los ojos tenían un brillo mortecino; como de indiferencia por todo cuanto pasaba a su alrededor.

—Bienvenido a mi satélite, amigo Wronar —dijo Hrodz con voz meliflua—. Mi nota dio resultado, a lo que veo.

—Usted se imaginó que yo investigaría en casa de los Patswow. No era difícil, pues, conocer mi reacción —respondió el joven tranquilamente.

Hrodz soltó una risita.

—Está enamorado de Minerva —dijo—. No lo puede remediar.

—Creo que se equivoca —contestó Alonso sin perder la calma—. Sin embargo, no creo que me haya llamado aquí para hablar de sentimientos personales.

—¡Tiene razón! —convino Hrodz. De pronto soltó a Minerva y se puso en pie. Sus ojos despedían un brillo extraño, casi demencial—. Wronar, no sé qué hacer con usted.

—Estoy en sus manos... como el pobre piloto a quien usted abrasó hace solo unos minutos.

Hrodz agitó la mano desdeñosamente.

—Quería cortarle la retirada, simplemente —declaró.

—Echarán en falta el cohete y lo buscarán.

—No lo encontrarán jamás.

—Pero la compañía sabe que yo lo alquilé para venir hasta su satélite.

—¿Le encontrarán a usted?

Hubo una pausa de silencio. Hrodz volvió a reír.

—Usted pudo afirmar que venía aquí, pero ¿quién lo comprobará? Este no es asunto que me preocupe —agregó de pronto—. Tenemos otras cosas más importantes de qué hablar.

—Patswow ha muerto —dijo Alonso.

—Lo sé. Es una lástima... pero él diría lo mismo si viviese y yo fuese el muerto. No me hace ninguna falta, como yo no se la haría a él si las cosas hubieran ocurrido al revés. Tuvo mala suerte, eso es todo.

—Hasta yo diría que usted lo envió a casa de mi prometida para que le sucediera algo... irremediable.

Hrodz sonrió cínicamente.

—¡Qué buen psicólogo es usted! —exclamó—. Sí, Yuri era un estupendo sujeto, pero un tanto impulsivo. En nuestro... en mi negocio no caben emotividades, amigo Wronar; es preciso mantener la cabeza fría.

Alonso volvió los ojos hacia Minerva.

—Empiezo a sospechar una cosa —dijo.

—¿Sí? —murmuró Hrodz.

—Usted se ha deshecho de Patswow por un doble, motivo.

—Explíquese, por favor.

—Uno, el dinero. Dos... la mujer que tiene al lado.

Minerva enrojeció ligeramente. Su busto palpitó con fuerza.

Una maliciosa sonrisa apareció en los labios del enano.

— ¡Qué mal pensado es usted! —dijo. De nuevo se sentó al lado de la mujer y ciñó su talle con gesto posesivo—. Pero ha acertado, qué diablos. ¿No habría hecho usted lo mismo, de hallarse en mi lugar?

—Me llamo Wronar, no Hrodz —contestó el joven.

Hrodz buscó con los labios el cuello de la mujer.

Minerva se estremeció. Alonso se dio cuenta de que soportaba con asco la lasciva caricia.

—Tiene razón —dijo el enano, segundos más tarde—. Ambos somos diferentes. Usted es un idealista, yo... bueno, a fin de cuentas, ¿no es lógico que trate de sacar provecho de mi descubrimiento?

—Lo que hace usted va contra todas las leyes humanas y divinas; es carente de toda ética y atentatorio a la dignidad de la persona.

— ¡Tonterías! —resopló Hrodz, volviéndose a poner en pie de un salto—. Si una persona quiere ser más inteligente y ganar más dinero y nombradía, ¿por qué no proporcionarle lo que desea? Siempre que lo pague bien, por supuesto. A fin de cuentas, si me da una suma elevada de dinero, es para ganar más. Lo que en términos comerciales se llama una inversión rediticia, para hablar claro.

—Y... ¿tiene usted muchos abonados a su servicio de... suministro de inteligencia?

—Algunos —reconoció Hrodz—. En realidad, estoy empezando, pero ya he obtenido buenos beneficios.

—Cincuenta mil neolíbras de Craig, diez mil de Thomas... ¿cuántas de mi prometida?

—Cinco mil y una cuota trimestral de dos mil cuando empezase a ganar dinero con sus cuadros. Lástima —dijo Hrodz, fingiendo un gran pesar—; desapareció una sustanciosa fuente de ingresos.

—Y todos pagarán, porque usted conserva unos documentos que destruirían su fama si se publicasen.

Hrodz sonrió, satisfecho de sí mismo.

—Sí, eso es. Cuando una persona se convence de la bondad de mi procedimiento, me indica el sujeto cuyos conocimientos quiere poseer. Yo hago un estudio del mismo, discreto, por supuesto... y en el momento adecuado, ¡zas! se hace la transferencia de conocimientos. Naturalmente, el solicitante debe someterse antes a un tratamiento un tanto complicado, pero inofensivo por completo.

Eso explicaba las ausencias de Helen, pensó Alonso.

—Deben de ser unos aparatos muy complicados —dijo en voz alta.

—Lo son, aunque lo realmente difícil fue su construcción —contestó Hrodz—. Están ahí al lado, en una cámara en la que solo puedo entrar yo.

—Es comprensible. Y... ¿cuál es el principio en que se basa su funcionamiento?

—Bueno, para ser sencillos, le diré que exploro a distancia la mente del sujeto. Luego, por un procedimiento demasiado largo de detallar, le hago caer

en un coma, que dura unas dos semanas... todo a distancia, desde luego; nada de cascos en la cabeza ni artefactos por el estilo. Mientras está en coma, sus conocimientos se trasvasan a un almacén de memoria, que los guarda hasta el momento de su utilización por... el comprador.

—Pero cuando el comprador muere, el paciente recobra instantáneamente los conocimientos perdidos.

Hrodz asintió.

—Sí —admitió—; ese es un problema que no he logrado solucionar satisfactoriamente. Y me convendría mucho resolverlo, porque si el paciente muere, yo querría guardar sus conocimientos en mi... almacén de memoria.

—Para revenderlos de nuevo.

—Exactamente. Sin embargo, no desconfío de lograrlo algún día.

—Usted envía una especie de rayos que tienen la forma de una persona —dijo Alonso.

Hrodz sonrió.

—Digamos que son las descargas tractoras, una vez que el paciente ha sido estudiado convenientemente. Es una enorme cantidad de energía la que viaja a través del espacio y, naturalmente, tiene que hacerse visible.

—Y matar a una persona, si usted lo desea.

—Aumentando el potencial, desde luego. Pero con usted he fracasado en dos ocasiones. ¿Por qué?

—¿No se le ha ocurrido pensar que pueden existir sujetos de mente reacia a su... a sus fantasmas robadores de almas?

—No, no, no —dijo Hrodz enfáticamente—. Ninguno se resiste. ¿Por qué hice que le quitasen el ceñidor que le entregó Minerva? Pero si usted rechazó los asaltos de las descargas tractoras, es porque, indudablemente, está protegido por algún procedimiento que desconozco.

—Soy un tipo fuerte de cerebro —aseguró el joven.

—Esa no cuela —gruñó Hrodz. Y, de repente, levantó la voz —: Shelton, Bengs, entrad.

Dos hombres irrumpieron en la cámara. Hrodz hizo una señal y Alonso se sintió sujetado por los brazos.

—Ahora veremos qué clase de protección lleva encima —dijo Hrodz.

Se acercó unos pasos al joven. Alonso volvió los ojos hacia Minerva.

La expresión de la joven había cambiado. Alonso vio en ella ansiedad.

¿Era que iba a permitir que Hrodz actuase impunemente?

De repente, el enano retrocedió y se acercó a Minerva.

—Si crees que me has engañado —gritó—, estás equivocada. ¿Piensas que no sé por qué accediste a venir a mi satélite?

Y de pronto, la agarró por un brazo, tiró de ella y la lanzó al centro de la cámara con fuerza insospechada en un hombre de su tamaño.

## Capítulo XIV

Minerva trastabilló y estuvo a punto de caer. Tropezó con Alonso y le miró suplicantemente a los ojos.

Hrodz se acercó a ella.

—No me has engañado —repitió descompuestamente—. Tú lo que querías es salvar a este hombre... pero no lo conseguirás. ¿Sabes lo que voy a hacer con él?

Minerva permanecía obstinadamente callada.

Hrodz continuó:

—Mis ayudantes deben ser un poco más listos. Wronar puede que no sea un escritor de fama, pero es inteligente, no hay que dudarlo. Traspasaré su mente a uno de mis ayudantes... y la tuya también. El sexo no influye en el cambio de conocimientos intelectuales —aclaró.

—Sobre todo, si no nos acordamos de la «compra» que le hizo Helen Trubetz —dijo Alonso serenamente.

—Esa es una buena prueba de lo que digo —contestó Hrodz—. Shelton, sujeta a la mujer.

El otro agarró a Alonso por detrás, impidiéndole el menor movimiento. Minerva no intentó resistirse.

Hrodz se empuñó de puntillas y le quitó la gorra que cubría la cabeza de Alonso. Los cables quedaron al descubierto.

Una torcida sonrisa se formó en los labios del enano. Agarró la camisa de Alonso y la rasgó.

El resto de los cables quedó a la vista. Hrodz desmanteló en unos instantes el circuito protector.

—Su amigo Sand es muy listo —dijo—. Tendré que trasvasar su mente a otro de mis colaboradores —se tocó la frente con el índice—. Pero nadie más que yo conocerá el funcionamiento de mis aparatos.

Lanzó a un lado la batería y movió la mano.

—Llevadlos a la cámara contigua —indicó.

Alonso cambió una mirada con Minerva. Ella mantenía su expresión impasible, pero el joven creyó ver en sus ojos una chispa de aliento.

Desde luego, Alonso no estaba dispuesto a dejarse robar la mente sin luchar. Una vez, a la desesperada, había peleado por su vida y conseguido la victoria.

Sus adversarios estarían ahora prevenidos, pero lucharía hasta el límite de sus fuerzas.

Hrodz caminaba en cabeza. Abrió una puerta y pasaron a una cámara donde había una serie de aparatos de fantástica construcción, entre los que figuraban dos que parecían proyectores o cañones lanzadores de proyectiles de nueva especie.

El enano movió una mano.

—Bengs, sitúa a Wronar delante de ese proyector.

El rufián empujó a Alonso, colocándole ante el aparato. Hrodz trajo una pesada silla de ruedas, que sujetó al suelo mediante un mecanismo de freno.

Una vez más, Alonso miró a la joven. Ella le contestó con un veloz parpadeo. «Ten confianza», parecía decirle.

Alonso se sentó en la silla. Hrodz le sujetó con unas correas.

—No debí haber permitido que me ataran —se lamentó en su interior, con amargura.

Pero implícitamente confiaba en Minerva. Esperó unos momentos, mientras Hrodz manejaba los aparatos de control.

La boca del proyector quedó apuntando directamente a su nuca. Alonso sintió un extraño cosquilleo en la espalda.

—Bengs, ponte frente al otro proyector —ordenó Hrodz.

El individuo vaciló.

—Jefe...

—¡Vamos, haz lo que te digo! ¡No sentirás el menor daño! Dentro de unos minutos, serás mucho más inteligente.

—¡Pero si yo me conformo con lo que sé! —dijo Bengs en tono quejumbroso.

Hrodz hizo un gesto de impaciencia.

—Supongo —dijo con malévolo acento—, que no tendrás deseos de seguir



el mismo camino que el piloto del cohete.

Bengs se rindió.

—Está bien, jefe —dijo, con todo el aire de una víctima propiciatoria.

Y se situó donde le indicaban.

Hrodz revisó todavía unas esferas indicadoras. Pulsó unas cuantas teclas. Luces de todos los colores se encendían y apagaban rápidamente en el tablero del cuadro de mandos.

De pronto, Hrodz puso la mano sobre una palanca.

Miró a Alonso. Una pérfida sonrisa se formó en sus labios.

— ¡Adiós, idiota! —dijo insultantemente.

Y bajó la palanca.

En el mismo momento, cuando sus dedos se cerraban sobre la palanca, Minerva, con gesto brusco, se desasíó de su vigilante y lanzó un objeto en dirección a la mano del científico.

Hrodz lanzó un alarido de espanto.

— ¡No...!

Un violentísimo chispazo brotó del cuadro de mandos. Se oyó un tremendo estallido y Hrodz salió despedido con inenarrable violencia, chocando contra Bengs, el que, a su vez, fue lanzado contra el proyector.

Otro fogonazo brilló en el mismo instante. Los dos hombres cayeron al suelo y se quedaron inmóviles.

Las luces del cuadro se apagaron. Shelton aparecía como paralizado por el asombro.

— ¡Suéltele! —ordenó Minerva imperativamente.

Shelton obedeció.

—No me gustan los asuntos donde hay muertes —refunfuñó.

Alonso se puso en pie de un salto y tomó las manos de Minerva.

—Gracias —dijo—. Me ha salvado la vida.

Ella se esforzó por sonreír.

—Tenía que hacerlo —dijo—. Yo también ayudé a mi esposo en la construcción de estos aparatos. Pero me separé de él, cuando se asoció con Hrodz y planearon usarlos para enriquecerse, sin detenerse ante ningún obstáculo. Yo quería emplearlos para el bien de las gentes...

—Usted no tuvo ninguna culpa —contestó Alonso. Luego miró la cajita caída en el suelo, al pie del cuadro de mandos—. ¿Qué es eso?

—Un transmisor de energía instantánea, conectado con la central del satélite. Mi... esposo lo empleaba para producir descargas eléctricas...

Alonso meneó la cabeza.

—Una pena que no emplease su inteligencia en fines más elevados —murmuró.

Ella bajó la cabeza.

—Me siento avergonzada —murmuró—. Sigo pensando en que tengo una gran parte de culpa...

Alonso prefirió callar. Había cosas que solo se podían solucionar dejando

pasar el tiempo. «El tiempo lo cura todo», se dijo.

\* \* \*

Llamó a la puerta. Minerva en persona acudió a abrir.

— ¿Puedo pasar? —preguntó él.

La joven forzó una sonrisa.

—Claro. Entre —y se echó a un lado.

Permanecieron en pie. Alonso parecía embarazado.

—Mi amigo Sand está en el satélite estudiando los aparatos —dijo al cabo de unos momentos de silencio.

—Le facilitaré cuantos datos necesite. Claro que no conozco bien el funcionamiento, pero...

—Algo le ayudará, desde luego. ¿Sabe que los proyectores se estropearon?

—Me lo imaginaba —contestó Minerva.

—Todos los que habían «comprado» la inteligencia de otros la han perdido. La policía está investigando los distintos casos, discretamente, por supuesto. Se ha encontrado el archivo de Hrodz...

—Sí, me han interrogado unas cuantas veces. El profesor Salmson y los otros pacientes han vuelto a la normalidad.

Alonso movió la cabeza.

—Es mejor que hayan acabado así las cosas. Minerva, ¿tenía usted acceso a los archivos de... de ellos?

—Sí, claro.

—Entonces, por eso supo que Helen, mi prometida, había comprado los conocimientos de Alay.

—Es verdad.

—Y me buscó a mí, para luchar de un modo indirecto.

Ella le miró serenamente.

—Creí que sería lo mejor, Alonso —contestó.

El joven suspiró.

—Acertó —dijo—. Bien, aquí termina el caso.

Y se volvió hacia la puerta.

— ¿Se marcha tan pronto? —preguntó Minerva.

Alonso continuó vuelto de espaldas.

—No me atrevo a pedirle...

— ¿Qué? —preguntó ella.

El joven vaciló un instante.

—No se atreve a pedirme permiso para venir a visitarme en otra ocasión —dijo Minerva.

—Sí, eso es —contestó él.

—Bien, supóngase que se lo concedo.

Alonso dio media vuelta. Se acercó a la joven y tomó sus manos.

Ella tembló ligeramente.

— ¿Cuándo podré volver? —preguntó.

Minerva sonrió.  
—Ya estás aquí —contestó.

**FIN**

*Próximo número:*

**HOMBRES MIXTOS**

por

**Peter Kapra**

Eran, en apariencia,  
hombres como los demás.  
Y nadie hubiera sospechado nada,  
si el último cerebro trasplantado  
no hubiera sido el cerebro  
¡de un asesino!

**BEST-SELLERS  
DEL OESTE**

El verdadero Oeste,  
presentado de forma  
sugestiva y apasionante

por los escritores norteamericanos  
de hoy, descendientes directos de los  
pioneros de ayer.

Toda la dureza, crueldad,  
poesía y grandeza de una época  
única en la historia.

Una época en la que cada uno  
dependía de sí mismo  
y de su habilidad para  
poder seguir viviendo.

Conozca el auténtico Oeste  
a través de una colección  
acreditada por su veteranía  
y la calidad de sus relatos.

Publicación quincenal

Precio: 20 ptas.

Encuentre en nuestras colecciones de bolsilibros un mundo lleno de acción,  
violencia, intriga y misterio, tratado con un realismo histórico dentro de un  
estilo ágil y actual

**ESPACIO**

**ARIZONA**

**HURACÁN**

**SEIS TIROS**

**RUTAS DEL OESTE**

**HAZAÑAS BÉLICAS**

Precio: 9 ptas.

NUEVOS  
BOLSILIBROS TORAY  
DEL  
GÉNERO OESTE

Colección **SIOUX**  
Colección **ESPUELA**

Publicaciones quincenales

Precio: 9 ptas.

# BOLSILIBROS TORAY

## OESTE



ARIZONA

Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN

Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE

Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX

Publicación quincenal. 9 ptas.

**6**  
TIROS

SEIS TIROS

Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA

Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.  
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

## GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



## ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN

Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO

Publicación quincenal. 9 ptas.

## ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.  
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.  
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

## POLICÍACO

HURÓN

Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense...  
Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

